

LA CIENCIA SOCIAL.

LOS FUNDAMENTOS DE LA SOCIOLOGÍA.

I

La evolución superorgánica.

Hay tres grados de evolución: *inorgánica*, *orgánica* y *superorgánica*. De esta última es de la que vamos á ocuparnos.

Todos los hechos que se manifiestan durante el desarrollo, la madurez y la decadencia del individuo, son del dominio de la evolución orgánica. En los cuidados que toman los padres para criar su prole, vemos apuntar ya un orden nuevo de fenómenos; no obstante conviene no hacer principiar la evolución superorgánica sino cuando hay algo más que eso; cuando muchos individuos coordinan sus esfuerzos para producir un efecto que exceda en extensión y en complejidad á los que resultan de las acciones individuales. Sin embargo, no es fácil trazar una línea bien definida de demarcación. La expresión misma de evolución supone la continuidad; y la evolución superorgánica va separándose por grados insensibles de la evolución orgánica.

Los insectos que viven en sociedad, como las abejas y avispas, pueden servir para indicar la transición. Hay una conexión estrecha entre la organización de la abeja y la de la colmena. Así como un germen de abeja hace su evolución y se desarrolla en un individuo completo, igualmente una abeja-reina puede considerarse como el germen de una sociedad de abejas que hace su evolución en una multitud de individuos. En ciertas especies de hormigas la evolución superorgánica se halla más adelantada y se halla más perfeccionada la división del trabajo. En las ter-

mitas hay dos especies de machos y dos de hembras (alados y no alados), además obreras y soldados; en total, sin formas distintas. Ciertas hormigas tienen más animales domésticos que el hombre. Saben abrir minas, construir caminos, edificar pueblos más regulares que los de los negros del Congo sus vecinos. A pesar de esto, aún no hemos salido completamente de la evolución orgánica, porque en realidad, ninguna de estas sociedades es más que una basta familia compuesta de individuos procedentes de los mismos padres. La distinción de funciones entre sus miembros es análoga; con alguna complicación más, á la distinción de los sexos; resulta de una diferencia de estructura.

La evolución superorgánica, no se manifiesta verdaderamente bajo su forma rudimentaria, sino entre los vertebrados superiores, entre las especies de aves que tienen cierto conocimiento de la propiedad, que saben castigar á los culpables y expulsarlos de la asociación, ó entre los mamíferos que, al reconocer al macho más robusto como jefe del rebaño, presentan una apariencia de organización gubernamental. Por último, entre los primates se encuentran ciertos caracteres sociales, la obediencia á los jefes, el cambio de servicios, la adopción de los huérfanos, todo el esfuerzo de la comunidad puesto al servicio de los miembros amenazados de un peligro.

Era conveniente recordar estos hechos para demostrar, que en todo el reino orgánico hay tendencia á una evolución superior, y que la evolución super-orgánica puede manifestarse bajo formas muy distintas, determinadas por los caracteres de las diferentes especies de animales. Dicho esto, sólo nos ocuparemos de indagar bajo qué forma se ha desarrollado en las sociedades humanas, y que sobrepuja infinitamente á todas las demás en complicaciones y en importancia.

II

Los factores de los fenómenos sociales.

El modo de obrar de un cuerpo inanimado, depende á la vez de los elementos que le constituyen y de las fuerzas que obran sobre él. Lo mismo acontece á las sociedades humanas. En otros términos, los fenómenos sociales resultan de la acción combinada de *factores externos*, como el clima, la temperatura, la constitución geológica del suelo, su fertilidad, la flora y la fauna de cada región, y de *factores internos*, tales como los caracteres físicos, morales é intelectuales de los individuos que componen una sociedad.

Estos son los factores originarios; pero la evolución social pone en juego factores secundarios que se deriven de los primeros. Por ejemplo, los desmontes y el desecamiento modifican el suelo y el clima; el cultivo sustituye por plantas útiles las inútiles; introduce especies nuevas; la fauna se trasforma por la destrucción de los animales dañinos, y la multiplicación y el perfeccionamiento de las razas domésticas; campos cubiertos de mieses suceden á las selvas pobladas de lobos ó á las landas desiertas y visitadas sólo por las aves silvestres. Semejantes cambios, producto de la evolución social, no pueden menos de reobrar á la vez sobre ella.

Al mismo tiempo, la extensión del agregado social y su densidad creciente, producen una modificación de su estructura en el sentido de la heterogeneidad. Es preciso una población numerosa para que pueda establecerse la división del trabajo con las complejas operaciones que resultan de ella en el gobierno y en la industria. Luego sobreviene la influencia recíproca de la sociedad sobre los elementos que la componen y la de estos elementos sobre la sociedad y ocasionan cambios incesantes. La acción de las sociedades circunvecinas, es un factor nuevo de extraordinaria importancia. Así como la organización industrial de una sociedad se halla determinada principalmente por el medio inorgánico y orgánico en que vive, así también su organización gubernamental se halla especialmente

determinada por el medio superorgánico, es decir, por la acción de las sociedades con que se halla en lucha por la existencia.

Por último, otro grupo de factores derivados resulta de la acumulación de estos productos superorgánicos que comunmente se consideran como artificiales, pero que considerados bajo un punto de vista filosófico, no son menos naturales que los otros productos de la evolución. Tales son los útiles y las máquinas, desde el sílex groseramente tallado hasta el artefacto movido por el vapor; después el lenguaje que se inicia para expresar ideas simples por medio de gestos y se eleva hasta la expresión precoz de las concepciones más complejas; el desarrollo de los conocimientos que termina en la ciencia; las costumbres que se hacen cada vez más numerosas, más precisas, y acaban por coordinarse en sistemas de leyes; las creencias que principian por supersticiones groseras para llegar á las mitologías, á las teologías, á las cosmografías; por último, los productos que pueden llamarse estéticos y que son los más complejos de todos. A los discordantes cantos de guerra suceden las sinfonías y las óperas. Las cavernas groseramente abiertas, son reemplazadas por galerías de pinturas y el relato de las hazañas de los jefes, acompañado de la música, da origen á la epopeya, al drama y á la imponente masa de la poesía, de la biografía y de la historia.

Estos diferentes órdenes de productos superorgánicos forman una inmensa acumulación de influencias que modifican tanto á la sociedad como á los individuos y á su vez son modificadas por ellos. Constituyen un medio nuevo, más importante que el medio originario y permiten al tipo más elevado de la vida social que pueda manifestarse en condiciones inorgánicas y orgánicas que en un principio hubieran sido un obstáculo para su desarrollo.

Véase, pues, qué complicación resulta de la combinación de estos diversos factores que se modifican incesantemente y reobramos sobre otros. Conviene por tanto, dejar por el momento á un lado de los que son derivados y limitarse por ahora á considerar los factores primarios, internos ó externos, comunes á todas las sociedades. Principiaremos por los factores externos.

III

Los factores externos originarios.

Para trazar un bosquejo próximamente exacto de estos factores externos originarios, sería preciso tener un conocimiento del tiempo pasado á que probablemente no llegaremos jamás. Desde la aparición del hombre sobre la tierra—los geólogos lo reconocen hoy unánimemente—se ha alterado la configuración de los mares y de los continentes. La Inglaterra estaba ya habitada quizá en esta época glacial; la raza negra estaba constituida con sus caracteres distintivos antes de la gran revolución que trasformó un continente en el archipiélago oriental. No nos queda por tanto esperanza ninguna de llegar hasta las formas primitivas de los factores externos.

Consignemos solo que los cambios geológicos y los cambios de clima, al determinar las emigraciones y al poner en contacto un con otras las diferentes razas, han debido ejercer una influencia capital en la evolución social y dediquémonos á considerar los efectos de los climas, de las localidades y de los demás factores externos, tal como obran actualmente.

La vida sólo es posible entre ciertos límites de temperatura; las manifestaciones más elevadas de la vida no se producen sino en límites aun más estrechos. En las regiones árticas, el hombre consume toda su energía en preservarse del frío, el esquimal absorbe cantidades inmensas de grasa y aceite; su sistema digestivo está únicamente dedicado á suministrar los medios de suplir ó reparar las pérdidas de calor y no le queda energía por las demás actividades vitales. La vida individual cuesta demasiado cara para que puedan multiplicarse los individuos y la evolución social se suspende.

Los inconvenientes del extremado calor son menores. El hombre de las regiones tropicales es ciertamente indolente si se le compara con nosotros; pero su indolencia no es mayor que la del hombre primitivo en las regiones templadas. La historia no confirma la opinión bastante

generalizada de que el calor es un obstáculo para el progreso. Las grandes civilizaciones antiguas, la de la India, las que nos atestiguan aun los grandes monumentos arruinados de Java y de Cambodge, han nacido entre los trópicos. Las primeras fases del progreso no han podido realizarse sino en las regiones en que las condiciones inorgánicas presentaban menos resistencias; salvadas estas fases, el perfeccionamiento de las artes y de la disciplina ha permitido á la sociedad desarrollarse en regiones en que el clima oponía mayores resistencias.

Las condiciones higrométricas no tienen menos importancia; la sequedad del aire favorece la transpiración por la piel y por los pulmones, y activa por consiguiente todas las funciones del cuerpo. Los pueblos que viven en una atmósfera húmeda, son menos enérgicos y menos vigorosos. Todas las razas conquistadoras del mundo antiguo, Arianos, Semitas, Mongoles, han salido de la «region sin lluvia» que partiendo del Egipto se extiende á través de la Arabia, la Pérsia y el Tíbet hasta la Mongolia; aquellas razas tan distintas tenían un carácter común, la energía, que debían indudablemente á su larga permanencia en una comarca caliente y seca, puesto que la perdieron después de haberse establecido en países más húmedos y fueron á su vez conquistados por una nueva ola de invasores que venían también de la «region sin lluvia.»

Sigue á este la configuración del país. Los habitantes de las montañas son completamente refractarios al progreso; le oponen en sus desfiladeros una resistencia casi invencible; los de los desiertos huyen ante la civilización y es imposible domeñarlos. Por otra parte parece como que los desiertos se prestan solo á un género de vida. Las antiguas tribus semíticas se asemejaban bastante á los Beduinos de hoy; la pintura que nos hace Herodoto de las costumbres de los Scitas puede aplicarse á los Kalmukos descritos por Pallas.

Las comarcas que, como la Italia, y especialmente la Grecia, presentan gran diversidad de un cantón á otro, son más favorables á los progresos sociales que los países que son relativamente uniformes. La civilización puede implantarse en las estepas de la Rusia; jamás hubiera germinado allí espontáneamente.

La fertilidad del suelo representa también un

papel importante. Es una preocupacion creer que la civilizacion no puede florear en los puntos en que el hombre se procura el alimento sin gran trabajo; prueba de ello es el antiguo desarrollo del fértil Egipto. Debemos repetir aquí lo que hemos dicho respecto á los climas; los primeros progresos sólo son posibles en regiones en que una agricultura, aún en la infancia, satisface ámpliamente todas las necesidades; la facultad de subsistir en circunstancias más difíciles sólo pertenece á sociedades más adelantadas, herederas de aquellos primeros progresos.

Una flora variada produce resultados análogos, suministrando materiales á las diversas industrias; por el contrario la abundancia de una vegetacion uniforme es inútil y frecuentemente perjudicial. Los bosques son aún hoy un obstáculo al progreso en ciertas regiones ecuatoriales habitadas por razas semicivilizadas. El hombre primitivo con sus groseros instrumentos de piedra no hubiera podido abrirse paso en aquellas cerradas selvas: la exuberante fertilidad de aquellas regiones era para él tan molesta como la esterilidad de las áridas llanuras, tan cierto es que las sociedades en su infancia se hallan á merced de las influencias del medio en que han de desarrollarse.

Por último, la fama contribuye á determinar el carácter de la organizacion social. La abundancia de caza mayor ha inclinado á las tribus de la América del Norte á conservarse en el estado de pueblos cazadores: su escasez ha obligado á los Pirineos á dedicarse desde luego á la agricultura. Las tres grandes razas conquistadoras hubiesen tenido un destino muy diferente si no hubiesen encontrado en el país que ocupaban animales apropósito para la domesticacion, el caballo, el buey, el camello. Los animales feroces han debido ser enemigos muy temibles para los salvajes mal armados, puesto que aún hoy en Sumatra y en la India los tigres dejan despobladas aldeas enteras.

Para completar la materia seria preciso valuar la influencia que pueden ejercer en la vida doméstica y en la imaginacion el brillo de la luz, el aspecto del cielo, la escasez ó abundancia de los metales, la naturaleza del combustible que produce cada region; pero nos basta dar aquí una idea de los factores externos originarios y demostrar que la evolucion social depende de ellos más directamente en sus primeros grados

que en sus fases posteriores. Vamos ahora á estudiar la evolucion social en sus caracteres generales, con abstraccion de los hechos especiales debidos á circunstancias tambien especiales, es decir, los fenómenos que dependen de la naturaleza intrínseca de los elementos de la sociedad y no de las influencias exteriores que se ejercen sobre ella.

IV

Los factores internos originarios.

Los huesos humanos hallados en formaciones geológicas, anteriores á las últimas revoluciones del globo, sólo nos dan nociones muy vagas del hombre prehistórico. Solo sabemos que ha cambiado mucho; pero estamos reducidos á conjeturas acerca de los cambios que ha experimentado. El estudio de las razas salvajes existentes en la actualidad, nos permite, no obstante, con alguna verosimilitud, algunos de los caracteres físicos de nuestros antepasados, y adivinar cuáles eran sus pasiones y sus facultades intelectuales.

Físicamente el hombre primitivo era probablemente de menor estatura que las razas actuales; tenia las piernas más cortas, los dientes más fuertes y las mandíbulas más poderosas. Tenian tambien el abdomen más prominente; aun hoy este carácter distingue al salvaje del civilizado, y el abultamiento del vientre en los niños, especialmente en los niños de las razas inferiores, es, sin duda, un carácter embriónico. Este desarrollo de los órganos digestivos, era, por otra parte, necesario á unos seres que, alimentándose con sustancias poco nutritivas, raíces, frutos, insectos, necesitaban ingerir gran cantidad, y que no encontrando todos los días qué comer, debian devorar todo cuanto hallaban cuando la casualidad los favorecia. El vigor era en ellos menor que en el hombre civilizado; porque el vigor depende del sistema nervioso, tanto al ménos como del sistema muscular; y la masa de su cerebro era demasiado pequeña para comunicar á sus músculos una excitacion poderosa. En desquite eran *duros para el mal*; sopor-

taban mejor que nosotros las heridas y las enfermedades; no sentían apenas el dolor: resultaba de aquí que sus deseos eran ménos intensos y menores también sus esfuerzos por mejorar su condición. La madurez era precoz en ellos, lo que disminuía su plasticidad, su aptitud para transformarse. De modo que, cuando las dificultades y las resistencias al progreso eran mayores, era más débil el poder del hombre para realizarle.

En el orden de las pasiones y de los sentimientos, así como en el orden físico, las razas salvajes nos presentan contrastes que tienden á oscurecernos el carácter del hombre primitivo. La mayor parte, al ménos en el antiguo continente, obedecen á sus primeros impulsos y son incapaces de dominar sus emociones; sin embargo, todo el mundo conoce la impasibilidad de los Piel-Rojas, que parece hacen cuestión de honra el no manifestar ni alegría ni dolor. Esa impasibilidad es excepcional, debe atribuirse sin duda á una especie de inercia y á una falta de vitalidad, porque les abandona su sangre fría para dar lugar á accesos de rabia sanguinaria, cuando se hallan bajo el imperio de una pasión violenta, por ejemplo, en el momento de matar un búfalo.

Un carácter casi universal es el aborrecimiento al trabajo y la imprevisión. Embebido en el placer del momento, el salvaje se entrega á accesos de una alegría desordenada sin cuidarse de los males del día siguiente. Apenas tiene el sentimiento de la propiedad. Salvo algunos utensilios necesarios para sus necesidades inmediatas, ¿qué es lo que tendría que guardar? En muchas ocasiones, no siente ni aun la necesidad de la sociedad. Un hombre que puede permanecer ocioso y sentado horas y horas sin desear un compañero, no se halla dispuesto á abdicar ni la más pequeña porción de su libertad para evitar la soledad. Su aversión á toda traba es el principal obstáculo para la evolución social. La fuerza de atracción es débil y la de repulsión es grande.

El deseo de ser admirado, ha sido quizá el primer vínculo social; porque la vanidad del salvaje es mucho mayor que la del hombre civilizado. Se ocupa de su adorno, más que una de nuestras elegantes contemporáneas: sufre para hermosearse el cruel martirio de las picaduras con que embadurna su cuerpo de groseras imá-

genes, ó bien cuelga de su lábio inferior un pesado trozo de madera. Para merecer la aprobación de sus vecinos, sigue la moda, no sólo en las picaduras, que hasta la invención de los vestidos es el único adorno posible, sino en sus costumbres y en sus opiniones. La opinión es tiránica entre los salvajes; nadie trata de sustraerse á su yugo: se arruinan en un banquete fúnebre, en un festín de bodas, y el que quiere evitar un gasto demasiado grande, halla más sencillo matar á su hija que casarla sin cumplir con una obligación tan imperiosa. De aquí una gran firmeza en las costumbres: «Queremos hacer lo que han hecho nuestros padres,» dicen ellos. Este mismo carácter se encuentra, aunque ménos pronunciado en nuestras clases inferiores; aborrecen también las innovaciones; un alimento nuevo les desagrade.

Parece, á primera vista, que las afecciones de familia han debido desarrollarse muy pronto, puesto que aseguran á los descendientes de los que tales afecciones tienen, más probabilidades de supervivencia. Los hechos me justifican completamente esta previsión. Se hallan, respecto á este particular, grandes diferencias entre las diversas tribus; y á veces un mismo individuo da sucesiva é inmediatamente pruebas de sentimientos afectuosos y de una ferocidad repugnante. Una observación curiosa es que los ejemplos de crueldad injustificada son ménos frecuentes entre las hordas ménos civilizadas que entre las más adelantadas, como los figios, los antiguos mejicanos ó los habitantes de Bahomey.

De tan diversas pruebas puede deducirse que el hombre primitivo no era en realidad ni bueno ni malo; que se dejaba dominar por la emoción del momento, y que las explosiones de cólera se sucedían en él rápidamente á los más benévolos sentimientos. No sabía calcular las consecuencias remotas de sus actos: su principal móvil era la satisfacción inmediata que encontraba en la aprobación de la tribu; así es que la opinión fué la primer regla de conducta antes de la creación de ningún organismo gubernamental. Eran para él completamente desconocidos los elevados sentimientos de benevolencia que impulsan al hombre civilizado á trabajar en beneficio de seres alejados de él en tiempo y en espacio, érale aún más desconocida la idea de la justicia. El niño es imprevisor como el salvaje;

obra por el primer impulso y busca la aprobación de otros; esta es una nueva prueba en apoyo de la teoría de la evolución, según la cual el hombre civilizado, en su desarrollo individual, pasa por todas las fases que ha presentado su raza.

Bajo el punto de vista intelectual, el hombre primitivo puede caracterizarse por la potencia con que observa los detalles y por su impotencia en sacar de ellos deducciones generales. Todo el mundo sabe qué aptitud tan fina tienen en sus sentidos los salvajes y con qué sagacidad saben sacar partido de los menores indicios para adivinar la presencia de un enemigo invisible ó para guiarse en la persecución de la caza. No son menos diestros en hacer uso de las carnes y de los útiles que poseen: su destreza es muy superior á la nuestra.

Pero ese predominio de las facultades intelectuales inferiores tiene, por consecuencia, un embotamiento casi completo de las facultades superiores. Toda la energía mental se gasta en percepciones incesantes y múltiples y no llega nunca al pensamiento tranquilo y razonado. Sucede con la alimentación del espíritu una cosa análoga á lo que acontece con la alimentación del cuerpo. Los animales pertenecientes á la parte inferior de la escala zoológica tragan una cantidad de materia indigesta, de la que sólo es asimilable una pequeña parte; los carnívoros saben escoger alimentos mucho más nutritivos en menos volumen. Del mismo modo, entre nosotros, las inteligencias poco desarrolladas absorben sin elección una porción de hechos faltos de valor; las experiencias del físico, los análisis del psicólogo son para ellos letra muerta; pero devoran con avidez todos los romances del día las personalidades del gran mundo; cuantos chavacanos, volúmenes de Memorias insignificantes. Para inteligencias incapaces de analizar y de sistematizar este régimen es el único aceptable; querer darles cosa más sustancial es querer alimentar con carne á un toro.

Exagerad un poco esa ineptitud para escoger entre los hechos y para sacar de ellos deducciones, y llegareis á representaros la inteligencia del hombre salvaje y del hombre primitivo.

El salvaje vé las cosas tales como se le presentan; no raciocina ni sobre sus causas ni sobre sus consecuencias; así que no se forma ideas nuevas; hace lo que ha visto hacer; imita, no

inventa. La actividad de la reflexión se halla en él en razón inversa de la actividad de la percepción.

El lenguaje ordinario carece de expresiones para caracterizar las diversas órdenes de potencia intelectual. Se ha dicho que los australianos estaban en inteligencia al mismo nivel que el término medio de nuestros campesinos. Tal vez sea así, si sólo se trata del uso de las facultades más elementales; pero los hombres de raza inferior carecen de las facultades más complejas. Estos sólo conocen individuos aislados; no pueden llegar á la noción abstracta de planta ó de animal, mucho menos á las nociones de color, de sexo, de especie ó á las más abstractas aún de causa y de efecto.

No teniendo idea de una causa, ni por consiguiente, la de un cierto orden en la naturaleza, tampoco tienen idea del desorden. Nada les admira, creen en todo. Esta incapacidad de experimentar asombro y la extrema credulidad que es su consecuencia, son característicos de la vida salvaje en sus grados inferiores. La curiosidad, primer indicio del espíritu científico, sólo se manifiesta en las hordas relativamente adelantadas como las de Taiti ó las de la Nueva Caledonia. Es tener una idea muy falsa del hombre primitivo el figurárselo inventando una mitología para explicarse los fenómenos naturales; realmente no sentía la necesidad de una explicación cualquiera.

En nuestros hijos notamos igualmente una gran actividad de percepción, una á una débil potencia reflexiva. Imitan como el salvaje todo lo que ven hacer; pero como él no saben distinguir los hechos significativos de los hechos insignificantes, ni sacan de ellos deducciones generales.

Nada les choca, todo les parece natural; creen todos los cuentos, por inverosímiles que sean, y se contentan con la primer explicación que se les dá, por absurda que sea. Sin embargo, esa necesidad de una explicación, indica que tienen vaga y confusamente la idea de causa. Algo más tarde despertará en ellos la curiosidad, cuando hayan llegado al desarrollo de los Taitianos y de los Malaya-Polinesios.

En resumen, el desarrollo de la potencia intelectual se hace paralelamente al desarrollo social del que á la vez es causa y efecto. El progreso del hombre primitivo estaba detenido por

la carencia de facultades que sólo podía darle el mismo progreso.

Extracto del tomo I de la obra *Principios de Sociología*, de

HERBERT SPENCER.

(Continuará)

TEORIA DEL VALOR.

TEORIA DE BASTIAT.

I

Bastiat, respecto al *valor*, dice: que todas las escuelas han entrevisto la verdad parcial, esto es, tomada bajo puntos de vista diversos, que él confía poder conciliar. ¡Vana esperanza que habría realizado quizá, si su prematura muerte no nos hubiera privado de nuevos trabajos suyos, rectificando en parte, por lo ménos, los que sobre este asunto había consignado ya! Pero, si bien creemos que no ha conseguido el objeto que se proponía en su generosa ambición, nos hallamos convencidos de que ha disipado gran número de las preocupaciones que existían á este respecto en su tiempo; y esto es lo suficiente para hacer apreciable su memoria por todos los que cultivan la que él llamaba *su ciencia querida*:

II

En el capítulo V (1) (refiriéndose al 1.º) dice Bastiat: «Hemos visto que el hombre es *activo y pasivo*; que la *necesidad* y la *satisfacción*, afectando «solo á la *sensibilidad*, eran por su naturaleza personales, íntimas, intrasmisibles; que el *esfuerzo*, «por el contrario, lazo entre la necesidad y la *satisfacción*, medio entre el principio y el fin» (no conocemos medios antes del principio, ni después

(1) *Armonías económicas*.—Edición de 1858.—Madrid.—Traducción de Francisco Perz Romero capítulo V., pág. 115.

del fin) «partiendo de nuestra actividad, de nuestra espontaneidad, de nuestra voluntad, era susceptible de convenios, de transmisiones. Sé que, «bajo el punto de vista metafísico, se podría contradecir esta aserción y sostener que el esfuerzo «es también personal.» (¡Será ó podrá ser acaso impersonal el esfuerzo!) «No quiero entrar en el «terreno de la ideología; y espero que se admita «mi pensamiento sin controversia, bajo esta forma vulgar: *no podemos sentir las necesidades de los otros, no podemos sentir la satisfacción de los otros*.

«Esta transmisión de esfuerzos, continúa, este «cambio de servicios, es lo que forma la materia «de la economía política; y puesto que por otra «parte la ciencia económica se resume en la palabra valor, no siendo otra cosa que la extensa explicación de esa palabra, se sigue que la noción «de la palabra valor será concebida imperfecta y «falsamente fundándola en los fenómenos extremos que se realizan en nuestra sensibilidad, *necesidades, satisfacciones*—fenómenos íntimos, intrasmisibles, *incommensurables* de un individuo «á otro—en lugar de fundarla en las manifestaciones de nuestra actividad, en los esfuerzos, en los «servicios recíprocos que se cambian, porque son «susceptibles de ser comparados, apreciados, evaluados; y que pueden ser evaluados precisamente «porque se cambian.»

III

Ahora bien, después de tantas palabras para tan pocos conceptos, ¿qué nos queda?

Nos queda que la satisfacción y la necesidad no son trasmisibles, justo: ¿pero lo es el esfuerzo? Bastiat mismo conviene en que puede negarlo la metafísica, y ¿qué opone á esta objeción? Nada, sino que no quiere comprometerse en el terreno de la ideología; lo cual, á nuestro juicio, equivale á contestar que no se cree con fuerzas para alcanzar el triunfo en este terreno, y que siendo vencido, como manifiesta temerlo, vería derrumbarse su famosa teoría sobre el cambio y el valor.

De admirar es, pues, la ceguedad que á las veces nos conduce el espíritu de escuela; ó mejor, el amor á las propias ideas, cuando una inteligencia tan clara y reflexiva como la de Bastiat se extravía hasta tal punto; arrastrado, á no dudarlo, por causa propia. Pero aún hay más, el autor de las *Armonías económicas* ha querido dirigirse á nuestros sentidos; y para ello ha imaginado una figura simbólica de la ciencia... *un trilogio*, tomado á nuestro parecer de reminiscencias muy ajenas á su es-

tudio favorito, y que no obstante le han conducido al alucinamiento.

Cierto es que con facilidad se encuentran espíritus muy firmes y rectos seducidos por determinadas analogías, creyendo ver en ellas una especie de revelación.—El misticismo de los pitagóricos hacia que estos lo vieran todo en los números, lo cual es sabido por demás por los que han deletreado la historia de la filosofía; y nuestros contemporáneos son testigos irrecusables de los abusos y sofismas en que se ha incurrido por medio de las palabras y los símbolos *trinidad, trilogía, triada*, etcétera. A tal alucinamiento creemos ha sido conducido Bastiat, pretendiendo dar por fines y únicos cimientos de la ciencia económica, ó sea por sus fundamentos ó goznes más robustos, la *necesidad, el esfuerzo y la satisfacción*. Mas de cualquiera manera que haya sucedido, y sea cualquiera el móvil que le determinó y le ha guiado, lo indudable es que Bastiat se ha equivocado en cuanto al número de apoyos ó ejes de su trilogía, por más que sobre ellas intente hacer girar y sostener todo su sistema económico y todo el progreso de la ciencia que patrocina.

Y no vaya á creerse que el error sea de importancia baladí, no; porque constituye la base esencial de su famosa teoría sobre el valor. No es exacto, ni mucho menos, que el esfuerzo, como él afirma, sea un lazo entre la necesidad y la satisfacción, medio entre el principio y el fin; no es exacto que tal sea directamente. El esfuerzo no puede producir directamente satisfacción alguna: solo el resultado que proceda del esfuerzo puede producir esa satisfacción.

Dicho resultado es tanto ó más necesario que el esfuerzo, puesto que éste sería estéril sin aquel, cuando no contraproducente; por eso, pues, hay que añadir al *trilogía—necesidad, esfuerzo y satisfacción*—en que pretende Bastiat apoyar la ciencia económica, el cuarto término *resultado eficaz*, colocándole naturalmente despues del esfuerzo y antes de la satisfacción: así que la ciencia social está imperfectamente simbolizada por un trilogio, como pretende Bastiat.

Y no vaya á creerse, repetimos, que esta sea cuestion baladí ó de meras palabras, todo menos que eso, porque es, á nuestro juicio, fundamental: 1.º, porque Bastiat se apoya en ella para dar por sentado que el esfuerzo es lo que se mide en el cambio, á fin de determinar el valor: 2.º, porque para nosotros lo que en tal caso se mide—como más tarde llegaremos á demostrar—no es el esfuerzo, sino la *riqueza* que produce ese esfuerzo, cuando la produce, lo cual no tiene lugar siempre, y entonces no se tiene en cuenta el esfuerzo para nada, cosa que sucede con frecuencia.

IV

„Valor, dice Bastiat (1), supone comparacion, „evaluacion, medida. Para que dos cosas se midan „una por otra, deben ser conmensurables, y por „esa razon de igual naturaleza, ¿con qué podria „compararse el esfuerzo en el aislamiento? ¿Con „la necesidad, con la satisfaccion? Esto no serviria „sino para reconocerla más ó menos oportunidad. „En el estado social lo que se compará, y de esa „comparacion nace la idea del valor, es el esfuerzo „de un hombre con el esfuerzo de otro hombre, „dos fenómenos de igual naturaleza, y por consi- „guiente, *conmensurables*.“ (Por ejemplo, los de Newton y los de Fray Gerundio.)

„Así, para que sea exacta la difinicion de la „palabra *valor* debe hacer relacion, no solamente „á los esfuerzos humanos, sino tambien á estos „esfuerzos cambiados ó cambiables (los esfuerzos „humanos cuando no son cambiados ó cambiables „no deben tener significacion alguna en economía „política, tal es nuestro juicio, pese ó no á Bastiat „y los suyos). El cambio, continúa, hace más que „comprobar y medir los valores; les da la existén- „cia. No quiero decir que la existencia á los actos „y las cosas que se cambian, sino que la da á la „noción del *valor*. (?)

„Cuando dos hombres se ceden mutuamente un „esfuerzo actual, ó los resultados de sus esfuerzos „anteriores, *se sirven* uno á otro, se prestan reci- „procamente servicios.“ (Aquí el trilogio adquiere por el mismo Bastiat un 4.º término, ó sea el *resultado de los esfuerzos*.)

„Digo, pues, *el valor es la relacion de dos servi- „cios cambiados*.“

V.

Entendámonos: valor, según el mismo Bastiat, implica medida; justo.—Para que dos cosas se midan recíprocamente, es preciso que sean conmensurables y de la misma naturaleza; justo tambien, pero á condicion de que la expresion de *même nature* se comprenda como en matemáticas, esto es, que signifique *identidad*; y de aquí que no podamos convenir con Bastiat en que el esfuerzo de un hombre pueda medir en general, como él supo-

(1) Páginas 115 y 116 en la otra citado.

ne, el esfuerzo de otro cualquiera: primero, porque para que eso fuese posible, sería preciso que los esfuerzos de unos y otros fuesen de *même nature*, idénticos, y de seguro que nadie, ni el mismo Bastiat, convendría en semejante cosa; segundo, porque con dificultad se obtendrían en un mismo individuo dos esfuerzos que fueran conmensurables el uno para el otro, aunque esos dos esfuerzos fueran hechos en tiempos poco distantes.

Pues qué, ¿podría medirse el esfuerzo de un hombre robusto y bien constituido, por el de otro débil y enfermizo? ¿El esfuerzo de un hombre de Estado por el de un patán ó mozo de cordel? De ningun modo; y de aquí, que si Bastiat se hubiera propuesto poner en práctica esta teoría, pronto había reconocido que implicaba un absurdo.

El cambio, según Bastiat, hace más que comprobar y medir los valores; les da la existencia; y si tal se quiere, da la existencia á la noción del valor. Permítasenos creer que ni Bastiat mismo se comprendía al expresarse así, pues en cuanto á nosotros, protestamos que no le comprendemos, y dudamos mucho que otros sean más felices en este punto. — En efecto, si el cambio comprueba y mide el valor, ha de consistir necesariamente en que el valor preceda al cambio, en que exista antes del cambio, en que no proceda del cambio. Y si el cambio crea el valor, lo cual está ya en contradicción con el aserto anterior, no es sólo una noción de él lo que nos da la medida, sino la existencia. No nos sorprende, á pesar de todo, tal logomaquia de parte de Bastiat; porque, á nuestro juicio, su pensamiento, respecto á la teoría del valor, que hasta cierto punto forma escuela, es, como el *Leon del Paraíso perdido*, de Milton, mitad forma, mitad caos, mitad luz, mitad tinieblas, mitad verdad, mitad error; y todos los esfuerzos que hace por ocultar el dualismo que le oprime y le asfixia, no sirven sino para mostrar con más claridad las inconsecuencias y contradicciones en que incurre.

VI

"El principio del valor, añade Bastiat (1), se ha buscado hasta aquí en una de las circunstancias que se aumentan ó se disminuyen, como la materialidad, la duración, la utilidad, la escasez, el trabajo, la dificultad de adquisición, el juicio,

"etcétera; falsa dirección dada á la ciencia, pues el accidente que modifica el fenómeno está muy lejos de constituir el fenómeno mismo. Además, cada autor se ha hecho, por decirlo así, el padrino de una de esas circunstancias, por creerla preponderante, resultado á que se llega siempre cuando nos empeñamos en generalizar; pues todo está en todo, y no hay nada que no pueda contenerse en una palabra á fuerza de estender y ampliar su sentido.

"Así, el principio del valor está, según Smith, en la materialidad y en la duración; según Say, en la utilidad; según Ricardó, en el trabajo, según Senior, en la rareza; según Storch, en el juicio, etc. ¿Qué ha sucedido, y qué debía suceder? Que esos autores han atacado inocentemente la autoridad y la dignidad de la ciencia (¡desacato igual!) pareciendo que se contradicen, cuando en el fondo todos tienen razón, cada uno bajo su punto de vista. Además han colocado la primera noción de la economía política en un dédalo de sumas dificultades. Porque las mismas palabras no representaban ya para los autores las mismas ideas. Por otra parte, aunque se proclamase una circunstancia como fundamental, las otras obraban de una manera demasiado evidente para hacerse lugar, y se estendían sin término las definiciones."

A lo dicho por Bastiat nada hay que añadir, sino que Bastiat se manifiesta en demasía severo con los demás, mereciendo él que se le aplique la misma pena. No le condenaremos á tanto, sin embargo, porque, de cualquiera manera que sea, es preciso buscar la verdad; y siempre nos aproximamos á ella al descubrir un error que ocupa su lugar, aunque sea reemplazándole por otro nuevo, ya que vendrán luego otros y otros á continuar la obra de destrucción, hasta que, agotados los errores, quede al fin la verdad sola para no desaparecer jamás. Veamos ahora la teoría del valor dada por Bastiat, que no es otra que la exageración de la de Ricardó, quien exageraba ya la de Smith. Las tres están fundadas sobre la idea, exacta en nuestro juicio, de que en general, y casi siempre, toda riqueza procede del trabajo, único origen comunmente de todo valor; permítasenos creer, si no pésimas, inconvenientes dichas tres teorías.

* * *

(1) Página 117.

VII

«Todos nacemos, dice Bastiat, con una imperiosa necesidad natural (1), que debe satisfacerse «bajo pena de muerte; la de respirar. Por otra «parte vivimos en un medio que provee á esta «necesidad en general sin la intervencion de ningun «esfuerzo, no da ocasion á ningun servicio. Pres- «tar servicio á alguno es ahorrarle una pena; y «allí donde no hay pena ó molestia que tomarse «para realizar la satisfaccion, no hay tampoco pena «que evitar.»

«Mas si un hombre desciende al fondo de un «rio en una campana de buzo, se interpone entre «el aire y los pulmones un cuerpo extraño: para «restablecer la comunicacion es necesario poner «una bomba en movimiento; aquí hay, pues, un «esfuerzo, una molestia; de seguro que este hom- «bre estará completamente conforme en esto, pues «le va en ello la vida y no podria prestarse á sí «mismo un servicio mayor. En lugar de hacer ese «esfuerzo me suplica que yo me encargue de pres- «társelo; y para resolverme á ello, se compromete «á tomarse una molestia de cuya satisfaccion dis- «frutaré. Discutimos y convenimos. ¿Qué vemos «aquí? Dos necesidades, dos satisfacciones, conser- «vando cada una su lugar: dos esfuerzos que son «objeto de una convencion voluntaria, dos servi- «cios que se cambian—y el *valor* aparece.

«Ahora se dice que la utilidad es el fundamento «del valor: y como la utilidad está inherente al «aire, se induce al espíritu á pensar que sucede lo «mismo con el valor. Aquí hay una evidente con- «fusión. El aire, por su naturaleza, tiene propie- «dades físicas en armonía con uno de nuestros ór- «ganos físicos, el pulmon. El que yo tomo de la «atmósfera para llenar la campana del buzo no «cambia de naturaleza, sigue siendo oxígeno y «házo: ninguna nueva cualidad física se ha com- «binado con él, ningun reactivo formará con él un «nuevo elemento llamado valor. Este nace exclu- «sivamente del servicio prestado.»

Ahora bien, Bastiat dice terminantemente que el valor no es inherente á la utilidad, y por lo mismo que no procede de ella, ¿se infiere de eso, como él lo entiende y pretende, que sea inherente al esfuerzo, hasta el punto de serle proporcional? Evidentemente que no; y gran aberracion manifiesta el autor de las armonías, al prohibir idea tan errónea. En el mismo ejemplo que él pone, se halla

(1) Página 118, obra citada.

la prueba irrefutable de nuestro aserto. En efecto, en el caso del buzo y de Bastiat dando la bomba para comunicarle aire, la hallaremos.

Si Bastiat, á pesar de hacer los mayores esfuer- zos, dando la bomba para comunicar aire al buzo, no acertara á satisfacer la necesidad de éste, seguro es que su asociado se negaria á pagarle. Yo haré esfuerzos, dirá Bastiat, y tú me pagarás. Entendámonos, dirá el buzo, lo que necesito es aire, y pagaré tus esfuerzos si me lo proporcionas; lo repito, lo que me has de dar es aire para respirarlo, te pagaré si me lo proporcionas; en otro caso, me son de todo punto inútiles tus esfuerzos, amigo Bastiat.

Tal es el hecho, y tal la confusion á este respec- to de M. Bastiat que, sin embargo de lo que nos viene diciendo de que el esfuerzo es el origen de todo valor, de su proporcionalidad, y de que por el esfuerzo se mida el valor, se expresa poco des- pues del modo siguiente en sentido contrario.

IX

«Lejos de que el valor (1) tenga en este caso (se refiere á un diamante hallado en una playa) una «proporcion necesaria con el trabajo *realizado* por «el que presta el servicio, puede decirse que es «más bien proporcional al trabajo *evitado* al que «lo recibe; es además la ley de los valores (vaya «una ley) ley general no observada, que yo se- «pa por los teóricos, si bien ella gobierna la «práctica universal. Más adelante diremos por qué «admirable mecanismo tiende el valor á ponerse en «proporcion con el trabajo, cuando este es libre (y con el esfuerzo, por consiguiente); pero no debe «perderse de vista que aquel tiene su principio, «no tanto en el esfuerzo realizado por el que *sir- «ve*, como en el esfuerzo evitado al *servido*..» «En «efecto, la convencion relativa á nuestra piedra «preciosa, supone el diálogo siguiente (segun Bas- «tiat no segun nosotros).»

—«Caballero, cededme vuestro diamante.—No «tengo inconveniente: mas cededme en cambio «vuestro trabajo de todo un año.—Pero si no ha- «beis empleado en vuestra adquisicion ni un mi- «nuto.—Pues bien, ved si encontrais un minuto «semejante.—En buena just cia deberíamos cam- «biar á *trabajo igual*.—No, en buena justicia, vos «apreciais vuestros servicios y yo los míos: yo no «os fuerza, ¿por qué me habeis de forzar vos? Dad- «me un año entero ó salid vos á buscar un dia-

(1) Página 112.

"mante. Es que así me expondría á diez años de penosas exploraciones, y acaso, al cabo á una decepcion. Me parece más prudente, más provechoso emplear esos diez años de otra manera.— Por eso justamente creo que todavía os presto un *servicio* no pidiéndoos más que un año de trabajo. Os ahorro nueve, y hé aquí por qué doy mucho valor á este *servicio*. Si os parezco exigente, es porque no considerais más que el trabajo que yo he ejecutado; pero considerad tambien el que os evito y vereis que os hago favor."

X

Esta teoría del valor proporcional al trabajo *ahorrado*, será nueva, si tal se quiere, pero no por eso mejor. Además, al adoptarla Bastiat, recordando ó no lo dicho por Smith, no abandona lo del valor proporcional al esfuerzo hecho, y cualquiera reconocerá que las dos son incompatibles, puesto que la una excluye la otra; porque claro es que el valor no puede ser proporcional á la vez al esfuerzo *ahorrado* y al esfuerzo hecho, á ménos que esos dos esfuerzos sean iguales; condicion, si no imposible, difícilísima de llenar; y que, dado que se llenara, haria innecesaria una de las dos teorías. Y, diga Bastiat cuanto quiera, tanto la una como la otra, juntas ó separadas, sus teorías se hallan en desacuerdo con la práctica universal.

En cuanto al diálogo diamantino, arreglado al paladar de M. Bastiat, podrá mostrar, y eso incidentalmente, la conveniencia de la subdivision del trabajo, y las condiciones prácticas de la oferta y la demanda; pero no prueba nada en favor de lo que se propone su autor, esto es, en favor de la opinion de que el valor es proporcional al trabajo *ahorrado*, porque el valor del diamante hallado no se establece ó determina, como dice Bastiat.

Si el que halla una joya es diamantista, conoce desde luego su valor; si no lo es y trata de saber cuánto vale su hallazgo, tomará informes al propósito de un diamantista ó de otra persona inteligente en piedras preciosas, y se guardará muy bien de venderla sin haber tomado esa precaucion. Para que procediera de otro modo, seria necesario que el bienaventurado hallador careciese de sentido comun. En cuanto á que el diamante ahorre trabajo ó no al comprador, poco ó nada preocupará esta condicion al vendedor, diga lo que diga nuestro economista.

Para dar por tierra con la teoría del valor proporcional al trabajo hecho ó *ahorrado*, basta reflexionar que ambos difieren sensiblemente, segun

los que lo verifiquen y el objeto sobre que recaigan; y además en que el valor no depende de semejantes accidentes; y si no, ¿á qué trabajo hecho ó *ahorrado* corresponde el valor actual de un cuadro de Rafael?

XI

En la página 128 de sus *Armonías* asienta tambien Bastiat, con referencia al mismo propósito: "¿Hay esfuerzos evitados á los unos por los otros? ¿Hay satisfacciones procuradas á los unos por los otros? ¿En ese caso hay servicios cambiados, *evaluados... hay valor!*"

Segun esto, no basta que haya esfuerzos para que aparezca el valor, es además necesario que los esfuerzos procuren alguna satisfaccion; y, si bien Bastiat no dice esto explícitamente, claro es que quiere se sobreentienda, y esos no basta. Pero si un pequeño esfuerzo proporciona una satisfaccion grande, y un esfuerzo grande la proporciona pequeña. ¿á qué se proporcionará el valor? Al esfuerzo, sin duda. Corra la bola.

Mas, si dos esfuerzos desiguales producen igual satisfaccion, ¿se producirian dos valores desiguales? Segun la teoría de Bastiat, habria de contestarse..... si..... Segun la práctica universal..... pare la bola.

XII

Pero aún hay más: segun Bastiat, la moneda no es una verdadera medida (tanto peor para él). "Como intermediario habitual, dice, (1) en todas las convenciones, como término medio entre los dos factores de la permuta compuesta, y comparándose siempre con su valor el de los dos servicios que se trata de cambiar, *la moneda ha venido á ser la medida de los valores.*" (¡Medir valores!) "En la práctica no puede ser de otra manera; pero la ciencia no puede perder nunca de vista que la moneda está sometida, en cuanto al valor," (luego tiene valor) "á las mismas fluctuaciones que cualquier otro producto ó servicio. Muchas veces lo olvida la ciencia" (¡la ciencia!) "y esto nada tiene de sorprendente." (¡Con que no es sorprendente que una ciencia pierda muchas veces la memoria!) "Todo parece concurrir á que

(1) Página 134.—Capítulo moneda.

«la ciencia considere la moneda como la medida
«de los valores, con el mismo título que el litro es
«la medida de capacidad. Representa en los con-
«tratos un papel análogo. No se advierten las fluc-
«tuaciones, porque el franco, así como sus múlti-
«plos y submúltiplos, conserva siempre la misma
«denominacion. En fin, la aritmética misma cons-
«pira á propagar la confusion, colocando al franco
«como medida, entre el metro, el litro, el área, el
«gramo, etc.» (Traslado á los inmortales autores
del sistema métrico.)

Diga, pues, cuanto quiera la aritmética, la mo-
neda no es una medida, puesto que Bastiat lo afir-
ma; bien que poco más arriba afirma igualmente
«que la moneda ha venido á ser la medida de los
«valores, añadiendo que en la práctica no puede
«ser de otra manera.»

Además, según él, valor implica medida; lo
dice terminantemente, y medida á su vez implica
instrumento para medir. ¿Cuál es, pues, ese ins-
trumento? Nos lo vá á explicar, oigámosle; pero,
ante todo, y en descargo de nuestra oprimida con-
ciencia, nos creemos en el deber de advertir al
lector que vá á presenciar un ejercicio de gimnás-
tica metafísica, que nada deja que desear.

XIII

«La práctica universal, dice (1), ha adoptado el
«oro y la plata, aun cuando no ignorase cuán va-
«riable es el valor de estos metales. Pero, ¿qué im-
«porta la variabilidad de la medida, si, afectando
«de la misma manera á los dos objetos cambiados,
«no puede alterar el cambio? *Es un medio propor-*
«*cional* que puede subir ó bajar, sin faltar por
«eso á su mision, *que consiste en comprobar exac-*
«*tamente la relacion de los extremos*» (vemos,
pues, que á pesar de lo dicho acepta aquí la mo-
neda como medida).

«La ciencia, prosigue, no se propone por obje-
«to, como el cambio, buscar la *relacion actual de*
«*los servicios*, porque en ese caso le bastaria la
moneda,» (vuelta á aceptar la moneda como me-
dida.) «Lo que busca principalmente es la *rela-*
«*cion del esfuerzo con la satisfaccion*; y bajo este
«aspecto, aunque existiese una medida del valor,»
(ahora sale con que duda que se mida el valor);
«no le enseñaria nada,» (¡enseñar á la ciencia!)
«porque el esfuerzo lleva siempre á la satisfaccion
«una porcion variable de utilidad gratuita, que
«no tiene valor;» (rareza seria que lo gratuito tu-

viese valor!) «Porque este elemento de bienestar
«se ha perdido de vista, la mayor parte de los es-
«critores han deplorado la ausencia de una medi-
«da del valor. No han visto que ella no daría so-
«lucion alguna á la cuestion propuesta: ¿Cuál es
«la riqueza ó el bienestar comparativo de dos cla-
«ses, de dos pueblos, de dos generaciones?»

«Para resolver esta cuestion, necesita la ciencia
«una medida que le revele, no la *relacion de dos*
«*servicios*, los cuales pueden servir de vehículo á
«dos muy diversas de utilidad gratuita, sino la re-
«lacion *del esfuerzo con la satisfaccion*, y ésta
«medida no podría ser sino el esfuerzo ó el tra-
«bajo.» (¡Quedamos, pues, que el esfuerzo ó el
trabajo es la medida que se busca!) y sigue
Bastiat:

«Mas ¿cómo el trabajo habia de servir de medi-
«da? ¿No es él tambien uno de los elementos más
«variables? ¿No es más ó menos hábil, penoso, aza-
«roso, peligroso, repugnante, etc? ¿No exige más ó
«ménos la intervencion de ciertas facultades inte-
«lectuales, de ciertas virtudes morales? ¿Y no con-
«duce por todas estas circunstancias á remunera-
«ciones de una infinita variedad?» (¡Ahora resulta
que el esfuerzo ó el trabajo no son, no pueden ser
la medida que se busca!) y sigue Bastiat:

«Hay una clase de trabajo que en todo tiempo
«y lugar es idéntico, el cual debe servir de tipo.
«Es el trabajo más sencillo, más bruto, más pri-
«mitivo, más muscular, el que está más desprovis-
«to de toda cooperacion, el que todo hombre pue-
«de ejecutar, el que presta servicios que cada uno
«puede prestarse á sí mismo, el que no exige ni
«fuerza escepcional, ni habilidad, ni aprendiza-
«je: el trabajo tal como le ha manifestado desde
«el punto de partida de la humanidad, en una pa-
«labra, el trabajo del jornalero. Este trabajo es
«por todas partes el más ofrecido, el ménos espe-
«cial, el más homogéneo y el ménos retribuido.
«Todas las remuneraciones se escalonan y gradúan
«partiendo de esta base, y aumentan con todas
«las circunstancias que hacen mayor su mérito.»
(Volvemos, pues, á que el esfuerzo ó el trabajo es
la medida que se busca.) Y sigue Bastiat:

«Si se quiere, pues, comparar dos estados so-
«ciales, no hay necesidad de renunciar á una *me-*
«*didada del valor*, por dos motivos tan lógicos el
«uno como el otro: en primer lugar, porque no la
hay.» (Quedamos, pues, en que no se mide el
valor.)

(1) Página 155.

XIV

Hemos tomado tantos párrafos de las *Armonías económicas* de Bastiat, respecto á su teoría del valor, porque en la oscura y estéril doctrina que contiene, se han apoyado algunas ideas que conducen á la negacion de las que ese autor ha profesado y sostenido victoriosamente toda su vida, á saber: el *principio de la libertad de comercio*. Además, es notable que de los asertos de un Bastiat se pueda deducir que existan ó existir puedan dos métodos para medir el valor (para el cual no hay medida segun él, como acabamos de ver) uno que tenga por instrumento la moneda y otro el trabajo del simple jornalero; pero como estos dos métodos han de conducir necesariamente á dos resultados muy diferentes, se sigue, existen ó pueden existir dos valores diferentes para una misma cosa, expresado en *moneda* el uno y el otro en *bienestar*.

Y de aquí que, si tomamos esta teoría como punto de partida y tal cual la presenta, vayamos á parar lógicamente al sistema de M. Mesnil Marigny. Segun este, en efecto, puede estar abundantemente provista de riqueza de uso una plaza ó nacion, y no estarlo en valores ó riqueza evaluada, y al contrario; de donde deduce que los *libre cambistas* tienen siempre en mira la multiplicacion de la riqueza ó del bienestar, al paso que los *proteccionistas* tienen siempre en mira la multiplicacion de los valores, ó, como él dice, el poder. En tales condiciones tienen razon unos y otros, y por consiguiente no seria difícil, ni ménos imposible, llegasen á una conciliacion.

Nada tendria por lo tanto de extraño que M. du Mesnil Marigny hubiese tomado su célebre doctrina de la division de Bastiat *richesse de bien etre* y *richesse de valeur*; y si así fuese, la consecuencia deducida seria un curioso homenaje, en verdad, hecho al autor de los sofismas económicos.

Pero sea de ello lo que quiera, no es verdad que haya dos valores, como no lo es que la economía política se proponga otra cosa, cuando del valor se ocupa, *que comprobar la práctica universal, y buscar su razon de ser*. Cualquiera otra preocupacion de su parte tendrá poco de científica. Si, como en mal hora afirma Bastiat, buscáramos la relacion entre el esfuerzo y la satisfaccion, buscaria un notorio absurdo, porque no es posible establecer ninguna relacion de ese género de cantidad entre dos cosas de distinta naturaleza, que no tienen, por consiguiente, denominador comun, ni son susceptibles de que se les dé.

XV

Vemos, pues, que de igual modo que todos los que se han propuesto buscar el valor fuera del cambio, esto es, de igual modo que la inmensa mayoría de los economistas, Bastiat se ha extraviado en el misticismo. Su pretendido *trabajo tipo*, idéntico asimismo en todo tiempo y lugar, que no exige ni fuerza excepcional, ni habilidad, ni aprendizaje, no ha existido jamás, ni siquiera al punto de partida de la humanidad, puesto que entonces como ahora no eran, así lo creemos por lo ménos, los hombres igualmente fuertes, ágiles, etc.; y por consiguiente, sus esfuerzos, como hoy, no podian medirse los unos por los otros. El mismo Bastiat, lo dice al combatir las opiniones de Rousseau y sus discípulos.

Así como Bastiat, M. Marigny se preocupa de la cuestion, ¿cuál es la riqueza de bienestar, comparativo de dos clases, de dos pueblos, de dos generaciones? A lo cual cree responder por medio de la distincion fundamental de su teoría de conciliacion entre la libertad comercial y la proteccion, dos cosas en realidad tan inconciliables, tan incompatibles, como la verdad y el error.

«Ved la Italia, dice, que posee mucha riqueza de bienestar y poca evaluada; ved la Inglaterra que, por el contrario, posee mucha más riqueza evaluada que de bienestar; y de ahí que la Inglaterra sea más poderosa que Italia.»

Si en un país cualquiera, porque la tierra sea más fértil y el clima mejor, es necesario ménos trabajo para procurarse cierto bienestar, que en otro que no se halla en tan ventajosas condiciones, lo que resulta es, que en el primero el mismo bienestar supone ménos valor que en el segundo, puesto que el valor procede comunmente del trabajo. Si los habitantes de aquel trabajasen tanto como los de éste, claro es que obtendrian la posesion de iguales valores, y mucho más bienestar: tal lo dicta el sentido comun. La diferencia que la naturaleza del suelo y el clima origina entre la economía general de dos pueblos, se encuentran de igual modo entre la economía privada de un hombre robusto y trabajador, y la de otro enfermizo ó haragan en un mismo medio. Pero tales diferencias no alteran en nada las condiciones, ni los resultados de los cambios que esos pueblos ó esos individuos puedan ó quieran hacer entre sí, y su comercio, haga cuanto quiera Marigny, ha de ser tan ventajoso á los unos como á los otros que lo hacen. Apelamos á los hechos.

Nos hemos detenido en demasía quizás sobre la teoría de Bastiat respecto al valor y á la definición que de él dá; porque esa teoría, como hemos indicado ya, ha hecho escuela hasta cierto punto hasta en las personas más ilustradas, sea por haberla leído muy á la ligera, sea por estar ya prevenidos en favor de tan reputado economista; y nos hemos detenido además porque si bien esa teoría no nos presenta, ni mucho ménos, la verdad tal cual nosotros la comprendemos, nos ayudará á probar, caso de proponérselo, que tampoco la hallamos en las demás teorías que conocemos anteriores á Bastiat. Haremos ver, sin embargo, al aproximarnos al fin de esta crítica, hasta qué punto el espíritu de Bastiat *si souple, si actif, si ardent, et si fort devant les faiblesses d'antrín, s'abstient et devient faible á son tour devant ses propres faiblesses*, como dicen sus compatriotas.

XVI

"En una palabra, engañados, dice él, por esta locucion elíptica: el oro vale tanto, el trigo vale tanto; han creído ver en la materia una cualidad llamada *valor*, como el físico reconoce en ella la impenetrabilidad, la gravedad, atributos negativos por algunos. Sea esto lo que quiera, yo le niego el valor. En primer lugar, no puede desconocerse que materia y valor están frecuentemente separados. Cuando decimos á un hombre: llevad esa carta á su destino; traedme agua, enseñadme esa ciencia ó ese procedimiento; dadme un consejo sobre mi enfermedad ó mi pleito; velad por mi seguridad mientras me entrego al trabajo ó al sueño, lo que reclamamos es un *servicio*, y en este servicio reconocemos á la faz del universo un *valor*, puesto que lo pagamos voluntariamente con un servicio *equivalente*. Parecía extraño que la teoría se negase á admitir lo que admite en la práctica el convencimiento universal (página 135)."

Tiene razon Mr. Bastiat: seria absurdo no admitir que los servicios se cambian, y que por lo mismo tienen valor. Pero, ¿no seria igualmente absoluto decir que el oro, que entra como uno de los dos elementos en el cambio, y con el cual se compensa un servicio, no es un servicio hecho por el que cede el oro? ¿Que, cuando un servicio se paga con oro no hay cambio de un servicio por oro, sino cambio de servicios equivalentes? ¿Dónde ha visto Mr. Bastiat, que se gloria poner de acuerdo el sentido científico con la aceptacion vulgar de

las palabras, semejantes hechos, semejantes lenguajes?

XVII

Convendremos, pues, en que Bastiat ha visto perfectamente de dónde procede el valor, y dónde no se halla; pero habrá de convenirse con nosotros en que no ha visto bien lo que es, ni dónde se halla.

Pretende con gran insistencia que está en el *servicio*, y al pretenderlo se alucina, dado que todos los esfuerzos que hace para probarnos que no está en la materia, podria aplicarlos igualmente para probar que tampoco está en el servicio. Afirma que implica comparacion y medida, ó lo que es lo mismo, que ha de ser el resultado de una comparacion y una medida; pero al mismo tiempo afirma tambien que es el objeto de la medida, esto es, la cosa que se mide. De suerte que, segun Bastiat, el valor es esa cosa sobre la cual recae la medida, y al mismo tiempo la expresion de su propia medida; y todo esto, ¿para qué? Sencillamente, para decirnos despues que no se le puede medir, como ya sabíamos nosotros. En fin, juntando el ejemplo al precepto, para probar que el valor es lo que se mide y al mismo tiempo que no se le puede medir, se engolfa en un dédalo de consideraciones que llegan á confundir el valor con el trabajo.

Su teoría del valor ha dado, pues, por resultado, en cuanto á él concierne personalmente, oscurecer su vista hasta el extremo de no dejarle percibir la naturaleza de la renta y del ahorro; y en cuanto á otros que se han proclamado discípulos suyos, los ha inducido á otros errores quizás más graves, á pesar de su notable y vasta ciencia, y de sus reconocidos talentos en otros estudios.

Podrá decirse, y con aparente razon, que hemos buscado el punto más débil y de ménos importancia de los que aborda Bastiat para dirigirle nuestros alfilerazos. Se equivocaria el que tal dijera, porque la destruccion de la teoría del valor establecida por él. equivale, segun él mismo, á herirle en su corazon científico, puesto que reputa la teoría del valor como la base fundamental sobre la cual edificó.

Tanto es así, que en la página 112 de sus armonías dice: "La teoría del valor es á la economía política como la numeracion á la aritmética." En la 113 "la primera creacion del cambio es la nocion del valor; de suerte que toda verdad ó todo error que les introduzca en la inteligencia de esta palabra es una verdad ó un error social." Y en la 114,

"puesto que, por otra parte, la ciencia económica se resume en la palabra valor, no siendo otra cosa que la extensa explicación de esta palabra, etcétera."

Así, que no puede negarse que, según M. Bastiat, aunque no según nosotros, destruir su teoría del valor, equivale á echar por tierra todos sus aforismos económicos.

X...

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX. *

(Conclusion.) *

III

¿Cuál es el porvenir reservado al pesimismo? Para contestar á esta pregunta no basta hacer notar la violenta exajeración de las tesis que sostiene, el estupor del simple buen sentido ante una doctrina que quiere persuadir á la humanidad de que debe concluirse lo más pronto posible con la vida, y al mundo mismo de que debe cesar esa broma lúgubre que se permite al continuar existiendo. No basta repetir lo que Pascal decía del pyrronismo: «La naturaleza sostiene á la razón impotente y la impide extraviarse hasta este punto.»—¿A qué concurso de circunstancias esta filosofía extraña debe su éxito y el ardiente proselitismo de que es objeto? ¿Durarán estas circunstancias? ¿Hay motivos para creer que esta fortuna de un sistema tan contrario á la naturaleza se detenga, y que esta propaganda insensata se agote por la indiferencia de los unos ó la resistencia de los otros?

M. James Sully, en el último capítulo de su libro, ha tratado de definir y clasificar todos los orígenes de esta filosofía. Expone lo que llama con una frase muy en voga «la génesis del pesimismo;» enumera, con gran lujo de divisiones y subdivisiones, «los elementos y los factores externos ó internos.» Según él, es preciso considerar la concepción optimista y la concepción pe-

simista de la vida, como efecto de una multitud de causas más ó menos ocultas en la constitución íntima de cada uno de nosotros. El pesimismo es á la vez un fenómeno patológico y un fenómeno mental. Cuando se lleva á la exajeración, revela una alteración grave en el sistema nervioso; llega á ser una verdadera enfermedad. El optimismo y el pesimismo, son pues, ante todo, una consecuencia del temperamento, herencia morbosa, humor y nervios. Es necesario también tener en cuenta la parte del carácter propiamente dicho, bien que el temperamento entre ya en él como un elemento esencial del ejercicio y del desenvolvimiento de la voluntad, más ó menos dispuesta á entrar en lucha con lo de fuera, á sufrir la pena, á mirarlo frente á frente y sin temor. Así se ve que hay temperamentos optimistas y temperamentos pesimistas, caracteres felices y caracteres desgraciados, sensibilidades más ó menos tímidas y doloridas, naturalezas, en fin, dispuestas á apreciaciones completamente contrarias á propósito de los mismos hechos.

Los acontecimientos y las situaciones de la vida revisten dos aspectos muy diferentes, toman dos tintes opuestos, según que se presentan á los unos ó los otros, á los unos preparados de antemano á interpretaciones favorables, á los otros inclinados á encontrarlo siempre todo defectuoso, los hombres y la vida (*Fault finding*).

Hay aquí un número de observaciones acertadas y finas. Uniría de buena gana la de un ilustre químico, con el cual hablábamos de esta cuestión del pesimismo y que la resumía de este modo, reduciéndola á términos muy sencillos: según él esta filosofía, con sus tristes visiones, era la filosofía natural de los pueblos que no beben más que cerveza. «No hay peligro, añadía, en que se aclimate nunca en los países vinícolas y sobre todo en Francia; el vino de Burdeos esclarece las ideas y el vino de Borgoña arroja los malos sueños.

«Esta es la solución química de la cuestión al lado de la solución fisiológica de M. James Sully.

Estas son explicaciones que tienen su valor; pero aun quedan muchas partes oscuras en la cuestión. En todo tiempo ha habido temperamentos tristes, caracteres desgraciados, ha habido también siempre bebedores de cerveza; lo que no ha existido en todo tiempo son sistemas

* Véanse los números 202, 203, 204 y 206, páginas 1, 33, 73 y 145.

pesimistas, es esta voga inaudita de una filosofía desesperada. Yo dudo, por otra parte, que este género de explicación sea suficiente, tratándose de las poblaciones innumerables del extremo Oriente, que piensan ó que sueñan, según la doctrina de Budha; sería menester modificar mucho las fórmulas para que fuesen aplicables aquí. Pero quedémonos en el Occidente, y tratemos de no embrollar más una cuestión ya muy compleja. Concedo toda la atención que debo á las observaciones del anatómico Henle en sus *Lecciones de antropología* publicadas recientemente, cuando trata de investigar las causas del temperamento melancólico. Este temperamento resulta, según él, de una desproporción entre la fuerza de las emociones y la de movimientos voluntarios, siendo las impresiones muy vivas, muy numerosas; se acumulan se capitalizan, por decirlo así, en el sistema nervioso, por no poder traducirse al exterior y gastarse de un modo conveniente.

También escucho con curiosidad á Sully cuando nos dice, que allí donde se encuentra un sistema refinado para el mal de la vida con una imaginación ardiente para los bienes ideales y al mismo tiempo, una debilidad relativa de los impulsos activos y del sentido práctico, hay grandes probabilidades para que el defecto de equilibrio se traduzca por una concepción pesimista de la vida. Igualmente me interesa el curioso estudio de Seidlitz sobre *Schopenhauer bajo el punto de vista médico*, y contemplo bien claro, de qué manera ha llegado á ser Schopenhauer el primer humorista terrible que hemos visto, misántropo y mirógamo. Aprovecho esta masa de observaciones de detalles arrojadas á la corriente de la ciencia.

Hago notar solamente que de este modo se explica bien el pesimismo objetivo é individual, pero no el pesimismo objetivo é impersonal, aquel que se expresa por un sistema de filosofía y se traduce por la popularidad del sistema. Este es el hecho que se trata de comprender en su contraste con los instintos más enérgicos de la naturaleza humana que quiere vivir, que se adhiere á la vida que se irrita por ella hasta el punto de exclamar, si no escuchara más que á sí misma: «¡Tomadlo todo, pero dejadme la vida!» Se recoge más de una explicación plausible cuando se aborda el aspecto etnológico y social del problema, las afinidades y los temperamentos

de las razas, los medios en los cuales se desenvuelven, las grandes corrientes que modifican la vida intelectual y moral de los pueblos. M. James Sully hubiera podido, á nuestro juicio, extenderse mucho más de lo que lo ha hecho sobre este aspecto de la cuestión. Ha indicado demasiado rápidamente puntos de vista muy interesantes, de los cuales cada uno hubiera merecido un estudio profundo. Las causas morales y sociológicas, como se dice hoy, de esta fortuna del pesimismo son múltiples: desde luego es el efecto natural de una reacción «contra el optimismo vacío del siglo pasado;» en segundo lugar, la depresión que se produce, por efecto de una ley tan verdadera en la historia como en la fisiología, después de un período de tensión extraordinaria en los sentimientos y de confianza exaltada en los fines ideales de los que varios nos han engañado.

Ha habido en Alemania, en estos últimos veinte años, como un estado de postración en los espíritus, que resultó de la bancarrota de las grandes esperanzas, de la quiebra de un ideal social y político, del hundimiento de las ambiciones extravagantes de ciertas escuelas estéticas y filosóficas. El ideal militar que ha brillado á los ojos de la Alemania no es ni con mucho el que ella había soñado: lo que la prometía la filosofía de la historia, construida para su gloria y uso, era la conquista del mundo por las ideas más bien que por las armas. Unid á esto la destrucción gradual por la crítica de las tradiciones y de las creencias religiosas, que al retirarse parecen arrastrar consigo todo lo que constituye la belleza y el valor de la vida. La ciencia es verdad que se halla en completo florecimiento y sus progresos debieran consolar al hombre; pero no ha proporcionado todavía á la masa del género humano una nueva fuente de inspiración, nuevas formas que puedan traducir sus emociones. La ausencia de todo calor y de toda renovación en el arte, una especie de agotamiento que es probablemente más que un fenómeno pasajero, deja sin satisfacción alguna la necesidad de entusiasmo que en nosotros existe. El solo arte que parece conservar una vitalidad suficiente y alguna fecundidad interna es la música, que por las vías particulares por donde camina, tiende ella misma á ser la expresión del temperamento pesimista, como lo prueban las relaciones secretas, casi místicas que ligan á Wag-

ner y á la música del porvenir con la escuela de Schopenhauer.

Es preciso tener en cuenta también un elemento literario que tiene su importancia; el brillo de las cualidades que tan vivamente han llamado la atención de la Alemania sobre el nombre de Schopenhauer, desde que un rayo de luz se ha posado sobre él, esa vena de escritor humorístico, esa crítica sangrienta de los filósofos de Universidad, esas brillantes diatribas contra Hegel y su escuela, esa sátira de las costumbres pedantescas y del sentimentalismo, esa justicia vengadora más divertida que terrible ejercida contra las mujeres, instrumentos del amor que maldice, agentes secretos del genio de la especie que condena. Y después, el antiguo fondo de romanticismo germánico se ha despertado á la voz de los pesimistas. Existe cierto secreto orgullo en tomar la actitud de un mártir de lo absoluto, en sentirse encadenado sin esperanza por la naturaleza misma de las cosas y en gozar con el ruido de sus propias cadenas. «En realidad, dice graciosamente M. Sully, [el pesimismo adula al hombre presentándole un retrato de sí mismo, en que aparece cual otro Prometeo, un Prometeo vencido, torturado por la mano implacable de un nuevo Júpiter, el universo que nos ha engendrado y que nos contiene, al universo que nos abate y que no puede concluir con nuestra resistencia ni responder á nuestro orgulloso reto. El pesimismo coloca á su sectario sobre el pedestal de una divinidad ultrajada y dolorida, y lo presenta á su propia admiración fálta de espectadores que lo rodeen.»

Una de las causas más eficaces del éxito de esta filosofía, es que presta una impresión, una voz á los disgustos sordos, á los rencores ó á las reivindicaciones de toda clase, que agitan á la sociedad alemana bajo su superficie disciplinada oficial y militar. La masa del pueblo, y aún algunas partes de las clases directoras, aprenden en la escuela y bajo el pretexto del pesimismo, á preguntar muy alto si las desigualdades monstruosas en las condiciones del bienestar entran como un elemento eterno y necesario de la naturaleza. Se maldice la vida tal como está ordenada; siempre lo mismo, esperando cambiarla, cuando se llegue á ser más fuerte. Parece que los síntomas de un desencanto casi universal se han multiplicado en una proporción considerable de seis años á esta parte. M. Karl Hillebrand, en

un artículo reciente de la *National-Zeitung* hace constar el hecho, escribiendo estas líneas características: «Nuestros soldados, y nuestros soldados son la nación, se han hallado en contacto, durante su estancia en Francia, con una civilización más antigua y más rica; han vuelto á su casa con necesidades y aspiraciones que recuerdan de un modo sorprendente las necesidades y aspiraciones que las legiones romanas trajeron del Oriente.»

«Sea de esto lo que quiera, la burguesía alemana parece cuidarse un poco menos de la gloria desde que comprende que la ha pagado muy cara, á cambio de los impuestos siempre crecientes y del rudo sistema de milicia nacional, al cual está sujeta; y en cuanto á las clases obreras,—se ha podido verlo en las últimas elecciones verificadas en Berlín—están bastante teñidas de socialismo (1).

Más de una vez nos hemos sorprendido de que la filosofía del nirvana, resucitada por la ciencia moderna, haya tenido un renacimiento inesperado en pleno siglo XIX en el pueblo alemán, en el momento mismo en que este pueblo descendía de lo alto de un sueño para poner el pié sobre la tierra, y cuando estiende sobre la realidad terrestre una mano activa y dura. En el fondo vemos ahora cómo se explica este fenómeno: es una especie de reacción de ciertos instintos de esta raza, oprimidos y contrariados por el militarismo exagerado que ha creado su gloria, y por la vida de cuartel que esta misma gloria la impone. El antiguo idealismo alemán, sujeto rudamente á una disciplina de hierro, á una batalla sin tregua que ha reemplazado á los idilios de otro tiempo y á las epopeyas metafísicas, se refugia en una filosofía amarga que protesta contra la dura ley de la lucha por la existencia, que condena el esfuerzo, que maldice la vida, que compara la vanidad de la gloria con la fatiga que cuesta, con la sangre que hace derramar, con la pobreza de los resultados; ó conquistar, ó mantener por la fuerza. El pesimismo es la inversa del triunfo en un pueblo que no es belicoso por naturaleza, que lo ha llegado á ser por necesidad y por política, que se le obliga á desempeñar el papel de conquistador á su pesar, y que á través de su triunfo se le aparece su vida tranquila de otro tiempo y tiene

(1) James Sully. *Pesimismo*, p. 450.

la nostalgia del reposo. Ya que no puede descansar, aspira á la nada. Se dirá que estos no son más que actos y crisis; convenido; pero es preciso tenerlas en cuenta.

Entre todas estas influencias más ó ménos activas, la más importante de todas, la más decisiva, la que siempre se olvida, aquella de que M. James Sully hace mal en no ocuparse bastante, es la evolucion que se ha llevado á cabo durante estos treinta ó cuarenta últimos años; el progreso constante de la filosofía crítica que ha destruido los ídolos *metafísicos* con la misma mano hábil y segura con que habia minado «los ídolos religiosos.» La metafísica gobierna al mundo, sin disputa, por una accion de presencia ó de ausencia. No puede desaparecer momentáneamente ó sufrir un eclipse sin que una turbacion profunda se produzca en el espíritu humano. Indiquemos con un rasgo las negaciones y las supresiones que se han hecho en la filosofía, ó si se quiere, las simplificaciones radicales que la han reducido á su más simple expresion, y veremos, á medida que estas supresiones se operan, disminuir el precio de la vida hasta que llega á cero; despues, por debajo de cero, hasta que no pueda apreciarse más que por cantidades negativas como hace el pesimismo.

El cristiano, el deista, el discípulo de Kant encuentran razones para vivir, aunque la vida sea desgraciada. Tiene en sí misma su valor absoluto, que determinan la idea de la experiencia, la educacion de la persona humana por el obstáculo y el sufrimiento, la certidumbre de un órden trascendente. Empobrecamos la vida suprimiendo estas ideas: Queda el deber, que bastará al estóico para soportar la vida: trabaja en este fin ideal del universo que concibe, aun separado de toda idea de sancion. Cree en lo absoluto bajo la forma del bien: esto es lo bastante para que él viva, es lo bastante para que muera satisfecho de una existencia que no habrá sido inútil, fijos el pensamiento y la mirada sobre ese bien abstracto que honra sin acertar á definirlo. Pero la crítica continúa su obra, juzga que el deber no tiene más que un valor completamente relativo, ó bien como se nos dice «es la simple forma de las relaciones de los fenómenos,» ó bien es una astucia para hacernos obedecer á expensas nuestras las inspiraciones de la especie que tiene necesidad de nuestro sacrificio. Otra ilusion destruida: cuan-

do la astucia queda desenmascarada, nos hacemos indiferentes ó nos sublevamos. El progreso queda por lo ménos como una razon suficiente para vivir. Pero no; la ciencia demuestra que no hace otra cosa que desenvolver nuestra miseria, y que el infortunio humano aumenta en todo lo que el hombre conquista sobre el tiempo, sobre el espacio, sobre las fuerzas de la naturaleza.

No resta más como objeto que pueda asignarse á esta pobre existencia, despojada sucesivamente de todos sus móviles y de todos sus fines que la ciencia misma; mas la ciencia estará siempre al alcance de muy pocos, y estos pocos, ¿encontrarán en ella un valor absoluto? La ciencia es *un medio*, ya para desenvolver la conciencia, ya para mejorar la suerte de los hombres sobre la tierra; mas si estos fines se declaran quiméricos, el medio cae con ellos y ya no tiene valor.

¿Las afecciones? Pero estas no son en la vida tal cual se la pinta más que ocasiones de sufrir ó por la traicion que nos las arrebató ó por la muerte que nos separa de ellas. ¿El placer? ¿Pero quién puede dudar de que es pagar demasiado caras, al cambio de tantas angustias y penas de todo género, algunas sensaciones recogidas al pasar y casi al mismo tiempo desvanecidas? ¿A qué debemos unirnos, pues, á través de esta peregrinacion dolorosa de la vida, de esta multiplicidad de trabajos que la abruma y de disgustos que envenenan su curso? ¿A nosotros mismos, al yo humano? Pero se nos hace ver, con el último progreso de la filosofía, que la idea del yo «no es más que una apariencia producida en el cerebro, no hay en ella más verdad que en la idea del honor y en la de derecho, por ejemplo. La sola realidad que responde á la idea que yo me hago de la causa interior de mi actividad es la del sér que no es un individuo, el Uno-Todo inconsciente. Esta realidad se encuentra lo mismo en el fondo de la idea que Pedro tiene de su yo, como en la que Pablo tiene del suyo (1).» Nada queda, pues, más que este principio único, absoluto, anónimo, este Inconsciente lúgubre que encontramos en el término y en el fondo de todo, un principio ciego que es impulsado á vivir, pero que sufre con este movimiento que se imprime, con esta actividad que se impone, y que tiene como vergüenza y

(1) Filosofía de lo Inconsciente, 2.º v. p. 458.

miedo de sí mismo; cuando se encuentra frente á frente consigo mismo en la conciencia, se horroriza de lo que ve y torna atrás hácia la nada, de donde ha salido no se sabe cómo, de donde nunca debió haber salido para darse este triste espectáculo, y para imponer al mundo esta tortura sin razon, sin objeto y sin fin. En este punto, el pesimismo nos parece como el último término de un movimiento filosófico que lo ha destruido todo: la realidad de Dios, la realidad del deber, la realidad del yo, la moralidad de la ciencia, el progreso, y por lo mismo el esfuerzo, el trabajo, cuyas fuentes quedan secas por una filosofía que proclama su inutilidad.

Pero los excesos mismos de estas negaciones y de estas destrucciones, nos aseguran de que la influencia de esta filosofía será artificial y momentánea. Podrá aparecer de vez en cuando en la historia del mundo como un síntoma de la fatiga de un pueblo agotado por el esfuerzo industrial ó militar, de una miseria que sufre y se agita sin haber encontrado ni su fórmula económica ni el remedio, como una confesion de desaliento individual ó peculiar á una clase en las civilizaciones decrepitas, una enfermedad de la decadencia. Pero todo eso no dura: es la actividad útil y necesaria, es el deber de todos los dias, es el trabajo el que salvará siempre á la humanidad de estas tentaciones pasajeras y disipará estos malos sueños. Si lo que es imposible, existiese alguna vez un pueblo atacado del contagio, la necesidad de vivir, que estas vanas teorías no suprimen, le sacaria de este enervamiento y le encaminaria de nuevo hácia el fin invisible pero cierto. Aquellos estados son un devaneo de ociosos ó una crisis demasiado violenta para ser larga. Este carácter del pesimismo nos revela su porvenir: es una filosofía de excepcion y de transicion. En el orden político es, como en Alemania, la expresion, ya de una fatiga excesiva ó ya de graves sufrimientos que se agitan en la oscuridad, traduce una especie de socialismo vago é indefinido, que no espera más que una hora favorable para estallar, y que, esperando, aplaude con todas sus fnerzas estos anatemas románticos contra el mundo y contra la vida.—En el orden filosófico, representa el estado del espíritu como suspendido por encima del vacío infinito entre sus antiguas creencias, que han sido destruidas una á una y el positivismo que se resigna á la vida y al

mundo tales como son. Tambien aquí es una crisis y esto es todo. El espíritu humano no se mantendrá mucho tiempo en esta actitud trágica. Renunciará á esta situación violenta de campeón desesperado; cansado de insultar á los dioses ausentes ó al destino sordo á sus gritos teatrales, bajará su frente herida hácia la tierra y volverá sencillamente á la conducta de Cándido desengañado, que le aconseja cultivar su jardin. O bien, esforzándose por volver á la luz, irá por sí mismo al antiguo ideal abandonado por ilusorias promesas, á aquel que el positivismo ha destruido sin poder reemplazarlo y que renacerá de sus cenizas un dia, más fuerte, más vivo, más libre que nunca, en la conciencia del hombre.

E. CARO.

Trad. de A. P. V.

LA COQUETA.

—Arden, señora, en vuestros ojos claros relámpagos de amor abrasadores, que, al convertirse en nube de rubores, desvanecen mis dudas y reparos.

—Animado por vos, se atreve á daros trémulo el lábio su caudal de amores, y como escarcha las nacientes flores hiela una risa mis delirios caros.

—¿Qué espíritu de fuego en vuestros ojos simula llamas de pasion secreta?...

¿Qué ángel de castidad, ténues sonrojos? Y ella responde con sonrisa inquieta, huesped eterno de sus lábios rojos:

—¿Qué culpa tengo yo de ser coqueta?

R. RODRIGUEZ CORREA.

RECUERDOS DE AMÉRICA.

YUCATAN.

Una de las provincias de la república mejicana más dignas de estudio es, sin género de duda, la de Yucatan, cuyo nombre quieren algunos que derive de *Yectan*, hijo de Héber, del que arranca la descendencia de los hebreos. De lejos nos parece estar tomado el pretendido árbol genealógico de los indios de dicha parte: y que se ha abusado no poco del parecido de la voz.

Es Yucatan una comarca feraz aunque seca y generalmente montañosa; tiene cavernas llenas de curiosidades naturales.

Al tiempo de la conquista de aquel territorio por el poderoso brazo de Hernan Cortés, los indígenas, gente asaz valerosa, se hallaban gobernados, en diversos distritos, por distintos caciques; empero antiguamente tuvieron una monarquía que, por tiránica, se habian visto obligados á derribar; acontecimiento que ocurrió hácia el año de 1420 de nuestra era, segun ha podido averiguarse.

Fué la capital de dicho antiguo reino la ciudad de *Mayapan*, córte populosa, cuyas imponentes ruinas causan la admiracion de los arqueólogos y de los viajeros instruidos, y que aún se conservan cerca de la villa de *Telchaquillo*. No sólo la comarca de *Mayapan*, sino toda la region yucateca, era apellidada *Maya*, cuyo nombre, segun el eruditísimo P. Ordoñez, deriva de los vocablos *ma-ay-ah*; que exactamente es como *non adest aqua*: tierra falta de agua.

La voz *maya* se extendia tambien á aquellos indios, que á sí propios se decian mayas, y aún á la lengua, ó idioma, que llamaban *mayathan*, y nosotros ahora lengua maya.

Habia entre ellos no muy atrasada agricultura; cultivando varios vegetales, entre otros el maiz y el cazave, dicho en otras partes de América yuca, mandioca, etc., que es el *manehoc utilísima* de los botánicos, y de la que hay varias especies, todas excelentes. De sus raíces farináceas sácase la esquisita tapioca, que los indios empleaban para hacer su pan, lo propio que el maiz, si bien más delicado. Eran entre los mayas las tierras comunes, y jamás daba su cultivo lugar á discordias intestinas.

Y á propósito del cultivo del cazave: entre los varios cuentos forjados por los jesuitas con respecto á la América, es uno el que [fué el apóstol San-

to Tomás el que enseñó á los indígenas del Nuevo Mundo á servirse de esa planta y fabricar pan con su harina....

.....
Por supuesto que hoy no hay uno entre todos los hijos de Loyola capaz de sostener tal conseja, ni otras que sobre otros temas forjaron en el siglo xvii.

Hacian los mayas á sus dioses, cuyo principal era el Sol, frecuentes sacrificios humanos; bárbara costumbre que debe horrorizar á todos los hombres cultos, ménos á los malvados visionarios que aun sueñan con el restablecimiento del Santo Oficio. Que llaman *oficio santo* el de atormentar y tostar á los hombres que no opinan como ellos en religion!!

Acostumbraban los mayas, y aun era entre ellos ley, el no casar sino con una mujer; observando mucha fidelidad conyugal los esposos entre sí, y castigan con la muerte el adulterio. Probado éste debian morir apedreados y el gran sacerdote arrojaba la primera piedra á los adúlteros. Generalmente despues se unian en matrimonio los ofendidos, si no habia gran diferencia de edades, que es uso únicamente observado entre los mayas, hablando de los indígenas americanos.

Cuando morian los antiguos reyes de Yucatan hacian porcion de bárbaras ceremonias; era entre ellas que despues de lavado el cadáver real con aguas olorosas, vestido y armado con sus principales armas, mataban seis principales doncellas, para que acompañasen y sirviesen, decian, al monarca. Y no era esto solo; mataban además muchos hombres y esclavos de ambos sexos... pero solo las primeras y algunos jóvenes *tenian el honor* de ser sepultados con el rey, á fin, como dijimos, de emplearse en su servicio. Que á tales desatinos conduce el servilismo.

Conservaban los mayas curiosas tradiciones; siendo su cosmogonía muy semejante á la de los indios *mexica* sobre la formacion del mundo, pero decian que el cuarto sol fenecié por huracanes; pero que no hizo fenecer á los hombres en dicho cataclismo, sino que *se convirtieron en monas*.

* * *

Pero como incidentalmente apuntamos al principio de este artículo, la provincia de Yucatan, interesante al geólogo por la extraña composicion de sus rocas, y al botánico por la flora, atrae con no ménos razon al anticuario por los venerandos restos de imponentes construcciones; monumentos

no sólo subsistentes en el vasto perímetro do un día se alzó la populosa Mayapan, sino que se encuentran esparcidos en diferentes localidades.

«Los edificios que, cuando se descubrió y conquistó esta tierra, se hallaron, fueron materia de admiración ponderosa á los escritores que de ellos tuvieron noticia, y lo son para los que hoy ven lo que permanece de ellos.» Así se expresa el erudito complutense P. Fr. Diego de Cogolludo en su *Historia de la provincia de Yucatan*.

Hay, con efecto, mucho número de construcciones, bellas y dignas de conocerse, y aunque á la sazón no pocas hayan sufrido lamentable deterioro, las grandiosas fábricas de *Uxmal*, *Chichén-Itzá*, del camino de Boloncher de Ticúl (al Oriente) sobran para acreditar al pueblo que las llevó á cabo. En varios de estos conjuntos de ruinas, notanse perfectamente varios que fueron erigidos para templos de algunas divinidades, y en diferentes localidades también se distingue la especie de convento ó palacio que servía de morada á las sacerdotisas: vírgenes vestales á la manera de las que tenían los romanos.

Habia entre estas doncellas mayas, una superior (como abadesa) á la que distinguían con el nombre de *Ixnácanhatun*.

Todas hacían pleito homenaje de conservar su virginidad, y si mientras allí estaba llegaba alguna á violarla, debía morir flechada; pero podía salir para casarse, habida licencia del gran sacerdote y de sus superiores *Ixnácanhatun*; cánón ó regla harto más racional, que tantos otros de parecidos institutos.

Entre los palacios de las vestales mayas, es el más grandioso el de *Uxmal*, conservándose un magestuoso trozo, en forma de claustro, todo trabajado de buena piedra, labrada con esmero, notándose en relieve multitud de figuras, que apenas se acierta á comprender, vista la perfección en el trabajo, cómo labraron tales labores con toscos instrumentos.

Representan esas figuras hombres armados, diversidad de animales (cuadrúpedos, pájaros y reptiles), hojas de plantas y aun asuntos caprichosos. Cosas, en fin, que causan no poco asombro por la regularidad, simetría y proporciones de que están dotadas en algunos detalles.

Los cuatro lienzos de aquel gran patio (que casi podría llamarse plaza), están ceñidos por una gran escultura, figurando una serpiente, que termina con la cola debajo de la cabeza, primorosamente esculpida, y cuyo circuito es de más de cuatrocientos piés castellanos.

En el resto de este palacio se notan, deteriorados, algunos otros trabajos esculturales de no escaso mérito.

En el término de Cozumel existen igualmente ruinas de otro templo, que si no era el más magestuoso de los de los mayas, era el santuario de más fama entre aquellos creyentes, y al que asistían peregrinando en romerías con el mismo fervor que otros á diferentes idolillos.

En el sitio mismo suelen hallarse piezas de cerámica que denotan una antigüedad remotísima, no mal conservadas algunas, con porción de figuras en muchas de ellas de formas extrañas y de diferentes usos á lo que parece.

En el sitio en que el año de 1541 se fundó la hoy floreciente ciudad de Mérida de Yucatan (á cuyo término le decían los indios *Tihoo*), había en aquella época inmensas ruinas de edificios de todo género (1). Bastará á dar una idea de los muchos restos de construcciones antiguas que en aquel tiempo existían allí, el saber que después haber levantado con la piedra de aquellas ruinas la iglesia parroquial, el convento de franciscanos y casi toda la ciudad, apenas se conocía la falta en los sitios de que extrajeron como en una cantera, aquella multitud de materiales...

Cuál fuera el mérito de estos venerandos monumentos de los indígenas, lo indica bien claro la frase que dice el ya citado padre Cogolludo: «Había restos, dice, de primoroso trabajo.»

Así debía de ser, á juzgar por algunas de esas bellas esculturas que á indicación de ese erudito se conservaron, empleándolas, no sin gusto, empujadas en el claustro y otras piezas del dicho convento. ¡Lástima grande que no se hubiese hecho con muchas otras!

Con todo, en dicha ciudad se han buscado y procurado conservar no pocas otras preciosidades que posteriormente hánse descubierto; curiosidades que tanto importa estudiar para los adelantos de la antropología y para la historia americana.

El templo de Cozumel además, y otros restos de aquellas gentes, son una verdadera mina para desentrañar la historia de los indígenas de América, y la parte que aun queda en Cozumel de dicho templo, es verdaderamente grandiosa.

Pero otros monumentos, preciosidades de otra especie, se conservaban de los mayas, de mayor valor histórico y etnográfico. Más grande importancia, si cabe, tenían con efecto los libros que también estos indios fabricaban y escribían por un procedimiento igual al que empleaban los mexicanos. Con cortezas de ciertos árboles, maceradas y

(1) La ciudad de Mérida de Yucatan, se empezó á erigir el 6 de Enero de 1541, por el teniente de gobernador D. Francisco Montejo; levantándose acta de fundación ante el escribano Rodrigo Alvarez,

preparadas al efecto, obtenían el *metl*, especie de papyrus que adobaban con un barniz perpétuo y en trozos de diez ó más varas, pintando en ellos con figuras geroglíficas, de vivos y bellos colores toda clase de sucesos, en unos lo referente á la cosmogonía, con lo que conservaban la memoria de sus Génesis, las edades que, segun sus tradiciones, tenia el mundo, etc. En otros, las memorias de las guerras, de las pestes acaecidas en cada período y de muchos sucesos importantes, pintaban por ambos lados (1).

El doctor D. Pedro Sanchez Aguilar, que tuvo en el comienzo del siglo XVII y fines del anterior, un puesto respetable en el vireinato de Méjico, supo, descifrando los geroglíficos de un libro maya, que en época remota habia sido flajelado aquel territorio por dos grandes pestes. Llamaron los mayas á una de esas epidemias *Ocna kuchil*, que equivale á decir muertes repentinas, y consigna el libro maya, que durante aquella peste, los cuervos entraban en las casas á comer los cadáveres, que los indios, espantados con tanta mortandad, abandonaban insepultos huyendo á los bosques.

Ese libro maya, que S. Aguilar quitó á un indio, tenia otras no escasas noticias, y no sabemos si es uno de los que se conservan en la Biblioteca nacional mejicana, ó uno de los muchos que hay exparcidos en otras partes.

Hay un precioso libro de méxicas en nuestro Museo Arqueológico español, que merece descifrase, sino se ha hecho.

Además de estos libros de *metl*, los mayas tenían en un paraje llamado *Tixnalahtun*, una especie de archivo general, monumento el más extraño y curioso que á este respecto puede que hayan ideado los hombres. *Tixnalahtun* quiere decir, *lugar donde se coloca una piedra sobre otra*; y con efecto reunían en ese punto aquellos indígenas porcion de baldosas de piedra, en las que esculpian de medio relieve algunas figuras geroglíficas; esculturas conmemorativas de grandes sucesos. De este modo cada piedra venia á ser como la hoja de un libro ó una página histórica; y reunidas ordenadamente por secciones, venia á ser un depósito general de las efemérides mayas.

Tixnalahtun era ni más ni ménos que un verdadero archivo nacional; el Simancas de aquel pueblo singular y remoto, y digo remoto, porque tan venerados vestigios pertenecen (como las grandiosas ruinas de Palenque, Mitla y otras que yacen en diversas comarcas de América) á generaciones anteriores de más virilidad y cultura que

(1) Cerraban estos libros, plegándoles á la manera que se hace con las piezas de paño; por eso á trechos dejaban huecos sin pintar.

las que hollaban tan preciosos monumentos, apenas rastreando la grandeza de sus mayores al-tiempo de la conquista.

A aquellos más primitivos restos deben de recurrir los antropólogos en el difícil estudio de su cometido.

¡Cuán doloroso es, y cuán merecedor de censura, que en más de una ocasion la negra intolerancia, con sus brutales ímpetus, hayan hecho desaparecer bajo el nécio y frívolo pretesto de combatir la idolatría, volúmenes irremplazables....! Y cuantos allí, en el Orinoco, en Nueva Granada y otras comarcas destruyó, sin entenderlos ni procurar interpretarlos el fanatismo religioso: la satánica intolerancia que calificaba de demonios todas las imágenes que le parecían raras; que suponía ídolos todas las figuras y condenaba al fuego lo que no podia leer; como en la toma de Granada habia arrojado á la hoguera miles de Códices y porcion de tratados de medicina, de astronomía y otras ciencias, por imprudente saña á los sábios árabes, que ilustraron las escuelas de Toledo, Córdoba, Sevilla, Granada y otras ciudades de la madre pátria.

El habla ó lengua de los mayas, dialecto como el *Otomí*, el *Zapoteco* y otros del idioma *nahuat* ó *mexica*, "es un lenguaje garboso en sus dicciones, elegante en sus períodos y en ambas cosas conciso, y como dice el padre Beltran de Santa Rosa, con pocas y breves palabras explica las más veces profundas sentencias." Esto, no obstante, es la lengua maya de las más difíciles de cuantas son propias de los indígenas del mundo de Colon, y esto por su pronunciacion principalmente. Lo propio que sucede tambien con otras de estas lenguas, hay sonidos que no pueden expresarse bien con las letras europeas, por lo que ha habido precision de recurrir á la invencion de signos *ad hoc*, ó letras que indiquen la manera especial de pronunciarlas los mayas, cosa que no se consigue sino en fuerza de constancia.

La lengua maya, que está perfectamente estudiada, y de la cual hay varias gramáticas y voluminosos vocabularios, fué primero reducida á reglas por el padre fray Luis de Villalpando, natural del pueblo del mismo nombre, y vió la luz primera en 1523; tomando en Palencia el hábito de franciscano. Compuso *Arte*, *Vocabulario* y catecismo de la doctrina cristiana en lengua yucateca ó maya.

Cultivaron otros varios franciscanos ese idioma, como el toledano fray Bernardino de Valladolid, del cual, entre otros libros, todos importantes, hay un *Diccionario de las plantas medicinales y raras del Yucatan* en lengua maya y castellana; y dibujó algunos vegetales de dicha provincia.

No merece ménos fama el padre Antonio de Ciudad-Real, hijo de la capital del mismo nombre, el padre fray Juan Coronel, natural de Torija, en la Alcarria; el reverendo fray Joaquin Ruiz, de Pamplona; el ilustrísimo don fray Diego de Landa (de Cifuentes), misionero primero y luego obispo de Yucatan; fray Gabriel de Buenaventura, hijo de Mérida de Yucatan, todos franciscanos y todos autores de preciosos libros en lenguaje de los mayas.

De estos y otros obreros de la conversion de los indígenas he logrado reunir, en fuerza de inmenso trabajo, multitud de noticias biográficas y de datos sobre las obras que escribieron de diferentes materias; comprendiendo una coleccion de escritores en lenguas de los indios de la América, en una *Biblioteca filológica americana*. Pasan de doscientos diez y siete autores y multitud de libros, los más poco ó nada conocidos entre nosotros, pero que son buscados codiciosamente por los sábios filólogos de otras naciones, que en esta como en otras cosas estiman más nuestros escritores que lo que son apreciados en la patria que les vió nacer; mal que de puro antiguo parece que fuera parte de nuestro sér.

No sé si dicha Biblioteca filológica podrá algun dia ver la luz, falto como me hallo de la proteccion á tales trabajos indispensables.

FELIX CIUDAD Y SOBRON.

UN DRAMA EN EL DESIERTO. *

(Continuacion.)

CAPÍTULO VI.

Cafés árabes.—Subastas.—Una escuela.—El Korán.—En el observatorio.—Otra decepcion.—Una esperanza.

No son los cafés árabes como suelen ser por Europa, un lugar de reunion donde los hombres van á tratar de sus negocios, á consumir bebidas, hablar de política ó á perder el tiempo, que viene á ser lo mismo.

La organizacion de los moros es distinta de la nuestra; en ellos todo es imaginacion, poesia; na-

cen poetas como los italianos nacen músicos, sin saber por qué, tal vez por la influencia del clima; por eso sus cafés difieren de los nuestros tanto como difieren nuestras costumbres de las suyas.

Los moros no van por gusto ó por pasatiempo al café; van por necesidad.

Necesitan beber su café en tazas microscópicas, fumar su pipa cargada de tabaco ó de *Hakchis* con el más profundo reconocimiento, como quien cumple con un deber sagrado.

En los cafés moros no hay agitacion ni alboroto; allí todo es silencio, compostura, dignidad; únicamente el adorno no responde á tan elevados fines, echándose de ménos en ellos, no tanto la falta de lujo como de la ausencia de limpieza.

Gomez y Meneses no se atrevieron á penetrar hasta el fondo del café, donde algunos moros jugaban á las damas ó al ajedrez, y se sentaron á la puerta para gozar del golpe de vista que ofrecia el mercado.

Eran ya cerca de las doce y el Bazar empezaba á animarse; la multitud crecia hasta el punto de hacer imposible el tránsito, y aquí y allá empezó á remolinarse la gente, oyéndose discordantes gritos que llamaron la atencion de Gomez.

—¿Qué es eso,—preguntó?

—Las ventas en pública subasta que empiezan.

—¿Y por eso ármase tal algarabía? Esto parece un infierno; vámonos:

—Espera que dentro de poco verás desfilar por delante de tí los pregoneros llevando muestras de cuanto encierran los Bazares.

En efecto, como Meneses habia anunciado, empezaron á pasar uno trás otro una porcion de hombres, llevando en las manos algun objeto, cuyo precio pregonaban.

Los vendedores tenian derecho á llamar al pregonero, examinar el objeto y aumentar el precio, despues de lo cual, el vendedor seguia su interrumpida carrera, y sus gritos, que no cesaban hasta que lo que vendia alcanzara el precio que le habia fijado su dueño.

Por lo demás, el espectáculo no podia ser más curioso.

Bajo aquellas lóbregas bovedas, por aquellas calles llenas de fango, se veian pasar telas preciosas, maravillosos tejidos de seda y oro, ricas armas de damasco de extrañas y pintorescas formas, adornadas con lindos arabescos de plata y oro, pipas con largos tubos de cerezo, de jazmin de rosa con grandes boquillas de ámbar y abrazaderas de diamantes.

Cofres de nácar, de carei ó de márfil de todos tamaños, tapices de Esmirna y de Trípoli, plumas de avestruz, cadenas, broches, brazaletes, talismanes, rubíes, esmeraldas, perlas, diamantes, polvo

* Véanse los números 202, 203, 204 y 205, páginas 23, 59 y 91 y 125.

de oro, en fin, un caudaloso y rápido torrente de cuanto el lujo y el capricho pueden soñar; y todo esto envuelto en una atmósfera de embriagadores perfumes, escapados de los infinitos frascos de esencias que destapaban á cada momento, para probar su bondad y fragancia.

Gomez, entusiasmado, absorto con todo cuanto veía, no pensaba ya en retirarse; pero Meneses, cogiéndolo por el brazo, lo sacó casi á la fuerza de aquel lugar encantado.

Al retirarse hácia la fonda, pasaron por una callejuela que no se distinguía en nada de las demás, pero en la cual se oía un murmullo atronador y monótono que no se podía comparar si no con el rumor que forman las olas al chocar con los acantilados de una costa, con el murmullo de un millon de colmenas.

—¿Qué es eso?—preguntó Gomez deteniéndose á escuchar.

—Una escuela; acércate y verás una cosa curiosa.

Los dos jóvenes avanzaron algunos pasos y se detuvieron ante la puerta de una casa que estaba abierta de par en par.

Por la puerta se veía una extensa habitación, con paredes encatadas y cubiertas de esteras de junco, hasta una vara del piso, sobre el cual había también otra estera.

Unos ochenta chiquillos, más ó menos blancos, más ó menos bien vestidos, pero todos con las cabezas rapadas, á excepcion de una mecha de cabello que les caía sobre la nuca, estaban agrupados en el suelo al lado de un morazo que tenía en la mano una larga caña, con la cual corregía á los escolares discolorados sin tener que levantarse para alcanzarlos. Los escolares tenían cada uno un rosario en la mano, y repetían á coro una oracion que la llegada de los europeos suspendió; produciendo un tumulto indescriptible.

Todos los discípulos se volvieron hácia los recién llegados, haciéndoles picarescas muecas que parecen formar parte de un idioma universal, peculiar á todos los truanes del universo: durando esta escena hasta que la puerta se cerró bruscamente, obligando á los curiosos viajeros á proseguir su camino.

Después se oyeron algunos lamentos, y el cántico continuó con su acostumbrada solemnidad.

—Se conoce,—dijo Meneses riendo,—que la caña ha hecho su oficio; los pobres chicos han llorado por causa nuestra, y deben maldecir nuestra curiosidad, con tanto más motivo cuanto que á ello les animará el maestro.

—¿Qué aprenden en esa escuela? Yo no les he visto libro ninguno.

—Esta es una escuela de primeras letras; después

empezarán á leer si es que quieren perfeccionar su educación.

Lo que esos chicos repetían eran versículos del Corán, que es lo que constituye la sabiduría en este país, hasta el punto de que el que sabe más de ciento, se llama sábio, como al mismo tiempo sepa escribir; sin lo cual no es más que sábio á medias.

—Caramba, bien poco necesitan.

—Por eso son tan felices. El Corán es una compilación, una especie de enciclopedia donde se encuentran mezclados y sin orden los preceptos religiosos, morales, civiles y políticos, á vueltas de mil exhortaciones, promesas y amenazas relativas á la vida futura, de suerte que el que se lo aprende de memoria, puede ser indistintamente juez, militar ó ministro, seguro de obrar siempre según las órdenes de Dios.

—¿Conoces el Corán?

—Lo he leído algunas veces y por eso he podido dar esas noticias, y algunas otras que nos permitirán entretener el tiempo hasta que lleguemos á la fonda.

El Corán tiene sobre poco más ó menos sesenta y cuatro capítulos en versículos y escritos en un estilo poético y á veces oscuro.

El nombre que lleva,—Corán,—significa lectura, pero no es el único que le dan los moros; llámanlos también *el Kitáb*, el libro *Kitáb Allag*, libro de Dios, *Kelimet Allah*, palabra de Dios, *el teuzil*, el bajado de arriba, y otros muchos nombres, si bien el único que está más generalizado es el primero.

Entre los capítulos en que está dividido el Corán hay algunos que tienen verdadera importancia, ya por las máximas religiosas que encierran, ya por las políticas, estando el resto ocupado por profecías, parábolas, consejos y amenazas.

Los capítulos de más importancia son el primero que se llama *sab el mecani*, los siete versos repetidos, porque los musulmanes los repiten más frecuentemente que los otros y creen que esta oración tiene una virtud maravillosa.

El des, titulado *el Vagra*, la vaca que viene á ser el credo musulmán, y hasta su código civil es sumamente importante, á pesar de que algunos pasajes están en contradicción con otros del mismo capítulo, y por último, otros muchos que tal vez podría recordar, pero no citar puesto que ya estamos en casa y la sopa debe esperarnos en la mesa.

En efecto, los viajeros se hallaban á la puerta de la fonda, y esto hizo cambiar por completo tal curso de las ideas de Gomez.

Ya no pensó ni en las calles llenas de lodo, ni en los sorprendentes bazares, ni en el café, ni en la escuela, ni en el Corán; corrió á su cuarto, se cercioró de que Diana, á quien había dejado en-

cerrada por miedo de que se le extraviara, estaba bien, y se instaló en el balcon, que corria á lo largo del pátio cubierto, poniéndose frente á la puerta del comedor, de suerte que no perdía de vista á ninguno de los que entraban.

A poco de estar en aquel sitio, la tradicional campana sonó anunciando que ya era hora de acudir á la mesa redonda.

Las puertas de los cuartos se abrieron unas tras otras y empezaron á salir por ellas hombres y mujeres de todas naciones.

Habia militares franceses que habian venido á la Regencia á pasear ó cazar, oficiales de la marina de guerra, capitanes mercantes, norte-americanos despreocupados y curiosos, muchos italianos, muchos malteses, algunos alemanes y no pocos ingleses de ambos sexos; pero entre todas aquellas muestras de las diferentes razas que pueblan el globo, Gomez no pudo encontrar lo que buscaba.

La inglesa entrevista en Marsella no purecia, el jóven la hubiera reconocido á la legua en su elegante silueta, en su modo de andar distinguido, en aquel no se qué, en aquel encanto irresistible que lo habia arrastrado en pos de ella hasta el otro lado del Mediterráneo.

Todas las puertas se habian abierto ménos la señalada con el número 1.º

Aquella era la mejor habitacion de la fonda, la más lujosa, la más cara, y en ella debia vivir Miss Débora.

Però á todo esto la campana habia sonado por tercera y última vez.

Aquel toque indicaba que se iba á servir la sopa, y Gomez se retiró de su observatorio para ocupar su puesto en la mesa redonda.

Es opinion bastante general en el vulgo que los enamorados pierden el apetito, desde que se enamoran y viven del aire como los camaleones; pero este es un error, y nosotros, que hacemos historia, nos vemos obligados á consignar que Gomez ocupó el puesto que le estaba reservado en la mesa, y comió con bastante apetito.

Terminada la comida, se acercó á su amigo.

—Ya se dónde está la inglesa.

—¿Dónde?

—En el núm. 1.

—La has visto.

—No.

—Pues entonces no estás muy adelantado.

—Hombre, tambien es el primer dia; pero yo te aseguro que antes de poco la habré obligado á abandonar el incógnito; tengo aquí un proyecto, —añadió, llevando el índice á la frente—, y ya verás como logro mis deseos.

—Pues, chico,—repuso Meneses,—mientras tú reflexionabas yo trabajaba.

—¿Y qué?

—Nada que, como el que trabaja adelanta más que el se contenta sólo con pensar.....

—¿Has descubierto algo?—Interrumpio Gomez que no podia dominar su impaciencia.

—Ya lo creo.

—Habla.

—Ya hubiera concluido si me dejaras hablar.

Mañana saldrá Miss Débora con su padre en un coche.

—¿Acaso se van de Túnez?

—No, van solamente al Bardo.

—¿Dónde está eso?

—Muy cerca, á una legua de la ciudad; es la residencia habitual del Bey, digna de ser visitada.

—¿Y la visitaremos, no es cierto?

—Ya lo creo;—he tomado un coche que estará aquí casualmente, al mismo tiempo que llegué el de los ingleses, de suerte que juntos haremos el viaje, juntos visitaremos el Bardo y malo será que no encontremos modo de entablar conversacion.

—¿Cómo te has proporcionado esas noticias?

—Por el *cicerone* que te acompañó; esa gente lo sabe todo.

—¿Ay! querido amigo, cuanto tengo que agradecerle.

—Nada, chico, no creas que lo hago todo por tí; hay un poco de egoismo, porque mi curiosidad está fuertemente excitada y quiero satisfacerla.

—Sea cual fuere el móvil de tu conducta, te agradezco en el alma la ayuda que me prestas.

—De suerte que apruebas mi plan.

—En todas sus partes.

—Pues entonces, como no tenemos que hacer nada hasta mañana, ¿quieres que demos un paseo por las calles?

—¿A estas horas?

—A estas horas tiene Túnez su fisonomía especial, que tambien debes conocer. ¿Con que te animas?

—Sea; ya que estamos aquí, aprovecharemos el tiempo en verlo todo.

CAPÍTULO VII.

Túnez de día y Túnez de noche.—Gaito.—Un salon singular.—El baile.—Las *Tahneas*.—La mujer en Africa.—Pinturas.—Profecías.—Castigos.—Los perros importunos.

Túnez es una ciudad de las más importantes y antiguas del Africa, llena de recuerdos históricos, maravilla del viajero que la visita; pero si de día causa este efecto, visto de noche es una cosa diametralmente opuesta, tiene una fisonomía especial, *sui generis*, original en sumo grado, y tan distinta de la que presenta iluminada por los ardientes rayos del sol de Africa, como distintos son entre sí el país de la realidad y el país de las quimeras.

Durante el día, la abigarrada muchedumbre que puebla sus calles haciendo resonar el aire con sus millares de voces, representando todos los idiomas conocidos en el mundo, produce un murmullo que el viajero percibe á lo léjos, codéanse por doquier indios, de vieja tez, humildes hijos de Israel, graves musulmanes, blancos europeos y hasta orgullosos yankees.

Pero cuando el sol empieza á declinar, cuando las sombras tienden su oscuro manto sobre aquella gran ciudad, donde las tinieblas reinan sin miedo al gas ni á los raudales de luz que brotan de las tiendas en nuestras ciudades de Europa, la escena cambia por completo.

La multitud se retira lentamente, apáganse los gritos que resonaban antes bajo las bóvedas de los bazares; las calles quedan desiertas, silenciosas, sombrías como los claustros de un cementerio.

Sin embargo, ni la ciudad está muerta, ni sus calles tan solitarias como á primera vista parece.

Oyense aquí y allá vago rumor de contenidos pasos, secos chasquidos de huesos que se parten bajo una fuerte presión, sordos gruñidos, alegres risas, cánticos, gritos de dolor, músicas, suspiros, y tal vez el amoroso sonar de un beso que la brisa arrebatada en el espacio.

A veces, allá á lo léjos, flota rasgando las tinieblas una luz débil, rojiza, vacilante.

Es el farol de algun europeo que va á pasar la velada en el café, en casa de un amigo ó en el teatro.

Otras se dibuja en el oscuro fondo de la calle una sombra vaga, que se desliza sin ruido al lado de las paredes.

Al verlo creeriais tener delante un fantasma; el espectro de un ciudadano de la antigua Cartago, que apartando los escombros que cubren su tumba, sale á pasear por la ciudad, cuyos elegantes minarettes se alzan sobre las ruinas de la antigua reina de Oriente.

Pero no tengais cuidado; el espiritismo no ha llegado aun á Túnez, y los hijos de Dido duermen duermen tranquilos bajo las ruinas de su patria.

La sombra que veis, es un sér de carne y hueso, un moro envuelto majestuosamente en los anchos pliegues de su albornoz; quizá una jóven que corre á una cita, palpitante á la vez de miedo y de amor.

Los dos amigos marchaban solos, á oscuras y en silencio, porque las tinieblas son enemigas del ruido, y predisponen singularmente á la meditación.

A medio día, cuando un sol alegre brilla sobre nuestras cabezas, animando cuanto nos rodea, podemos estar alegres, reir, hablar, asociarnos al regocijo de las plantas, de las aves; pero cuando el sentido de la vista no es casi inútil; cuando las flores cierran sus pétalos, callan las aves, y el oscuro firmamento se tachona de estrellas, entonces el hombre se calla instintivamente; no se atreve á hablar en alta voz, conoce su pequeñez, y teme turbar el solemne reposo de la naturaleza.

Marchando de esta suerte por un dédalo de oscuras y tortuosas callejuelas, que Meneses parecia conocer perfectamente, llegaron hasta la puerta de una casa, á la que el comisionista llamó.

Pocos momentos despues se abrió una ventana, un rayo de luz se escapó á la calle, haciendo brillar como si fuera oro la espesa capa de lodo que la cubria, y sobre la cual saltaban de un lado á otro centenares de asquerosos sapos que miraban á los europeos con espantados ojos.

—*¡Cosa votette!*—preguntó con bronca voz uno que se asomó á la ventana.

—Soy yo, Gaito, que vengo con un amigo.

La ventana se cerró, y Gomez aprovechó la ocasion para preguntar á su amigo.

—*¡Qué venimos á hacer aqui?*

—En esta casa hay un baile.

—No oigo nada que se parezca á una orquesta.

—*¡Acaso te habrás figurado que te traigo á ver un baile como los de Capellanes ó la Infantil?*

—Entonces es un baile de moros.

—Los moros no bailan, porque eso seria rebajar su dignidad de hombres; pero verás bailar á las moras, que valen mucho más que los moros.

—Estoy conforme contigo; pero creí que las moras eran fruta prohibida para nuestros ojos.

—Por eso su vista es para nosotros "dulce y sabrosa, más que la fruta del cercado ageno;"—como dijo uno de nuestros poetas; las moras que vamos á ver bailar, no son ciertamente muy severas, pero, sin embargo, no quieren que la policía sepa que bailan delante de cristianos y toman algunas precauciones.

Pesados pasos interrumpieron á Meneses; oyóse crugir un cerrojo, abrióse la puerta y se cerró inmediatamente despues que les dió entrada.

El que les abrió era un fornido maltés que saludó á Meneses como á un antiguo conocido, se metió en el bolsillo una pieza de cinco francos que éste le dió, y echando delante de ellos, los guió por una estrecha escalera que los condujo á una azotea, desde la cual pasaron á otra, y despues á otra, saltando los bajos parapetos que las separaban.

Por último, se detuvieron ante una puerta cerrada que el maltés abrió, y los dos amigos bajaron por una escalera semejante á la que los habia llevado á la azotea.

Por aquella escalera, como por un gigantesco cordon acústico, subia un torrente de ruidos armónicos; pero enérgicos y extraños.

Era la música de un pueblo primitivo, dulce poética, lánguida á veces, y otras brusca, desordenada, terrible como las pasiones que dominan la salvaje, pero siempre monótona.

Al fin de la escalera se encontraron los jóvenes en una habitacion brillantemente iluminada llena de espejos, arañas tapices y esteras cuajadas de gente.

Allí habia mezclados musulmanes y cristianos unidos por el placer, sedientos todos de embriagadores goces, mirándose con recelo unos á otros pero guardándose todos el secreto de sus veladas y bebiendo en la misma copa, fumando en las mismas pipas y experimentando las mismas sensaciones.

Aquellos musulmanes, ecléticos sin duda llamaban la sed con salchichon, con anchoas, con manjares prohibidos y la apagaban con Burdeos y Champagne.

Gomez y Meneses habian llegado en un momento de descanso, en que cada cual se divertia segun sus instintos; tomaron asiento, pidieron, por hacer algo, una botella de espumoso Asti, y empezaron á contemplar el aspecto que presentaba el salon.

En una especie de nicho practicado en la pared y cubierto de esteras de junco estaban cuatro mujeres jóvenes y bonitas, fumando cigarros, bebiendo Champagne que les servian dos franceses y riendo como locas ó como niñas.

Sus piernas, admirablemente modeladas, estaban desnudas, descalzos sus pequeños y rosados pies,

cubiertas las negras y abundantes cabelleras con graciosos gorritos de terciopelo bordados de oro, chaquetitas de la misma tela, ricas fajas ciñendo la cintura y anchos pantalones de seda de mil colores con arabescos de oro.

Debajo de ellas, un poco á la derecha estaban cuatro hombres armados de panderetas tambores y violines de estrañas formas,

Aquella era una orquesta primitiva y original; el violin. sobre todo, parecia construido segun el modelo del primero que resonó en el mundo; era simplemente un gran cucharon de palo cubierta su concabidad con una piel sobre la que cruzaban unas cuerdas de guitarra.

A un gesto del más anciano de los músicos, estos cogieron sus instrumentos, sacando de ellos algunos discordantes sonidos.

A esta señal, los franceses se confundieron con la multitud, y una de las *almeas*, que este es nombre de las bailarinas, ocupó el centro de la habitacion.

Era una joven de 17 años, sus carnes, cubiertas con una piel blanca como la leche, tenian la dureza del mármol, y sus ojos, de un negro aterciopelado, lanzaban extraños fulgores que brillaban como relámpagos.

La música empezó, y á su monótono compás dió principio á la danza, moviendo la *almea* su cuerpo encantador, con ondulaciones voluptuosas y lentas algo semejentes al movimiento de la culebra cuando se arrastra tranquila por el campo esmaltado de amapolas.

En aquel baile tomaban parte los ojos, la boca, los brazos, el cuerpo, solos los piés no se movian mas que para marcar el compás, pero sin cambiar de sitio.

Poco á poco el baile cambió de carácter; la música se animó, el cuerpo de la *almea* se agitó, se torció, inclinándose hácia delante, hácia atrás, á uno y otro lado como si sufriera una agradable y violenta convulsion; este mismo movimiento, repetido sin cesar, pero cada vez más y más rápido, acabó por desordenar el traje de la bailarina.

Cayóse al suelo el tocado, dejando escapar los negros y abundantes cabellos que cubria, soltáronse los broches que cerraban la chaqueta, dejando ver tesoros mal guardados; sus movimientos adquirieron una indiscriptible expresion de voluptuosidad, y de su entreabierta y anhelante boca se escaparon sonidos inarticulados, casi sobre humanos, parecidos al rujir de la enamorada fiera.

Las compañeras hacian coro con sus frescas voces, los espectadores expresaban con enérgicas exclamaciones el placer que sentian, sonaban palmas, saltaban los tapones de las botellas, y en aquella estancia llena de perfumes, de ruido de

luz y de nubes de humo, que lanzaban multitud de pipas en combustion, se respiraba una atmósfera embriagadora que llenaba el corazón de deseos malditos.

Por fin la artista, rendida, fatigada, exánime, cayó anhelante, casi desmayada, sobre la espesa alfombra que cubría el suelo.

La música cesó; sus compañeras corrieron á ella, la abrigaron con un albornoz y la tendieron sobre un sofá.

A esta bailarina sucedió otra, después otra, y sin embargo el baile no varió.

Gomez, ménos sensual que su amigo, se cansó pronto, manifestó deseos de marcharse, á lo cual accedió Meneses, no sin haber hecho antes una heroica resistencia.

Al pasar por las azoteas que conducían del salón de baile á casa del maltés, vieron la luna deslizarse por el cielo entre grupos de fantásticas nubes.

La decoración había cambiado por completo, y mientras ellos habían estado en el baile, la naturaleza se había engalanado con su más vistoso traje de noche para presentarles la ciudad bajo otro nuevo aspecto.

Más allá de la azotea se extendía una llanura; un grupo de higueras sombreaba un marabut, cuyas blancas paredes lucían como si fueran de plata; detrás estaba el lago, silencioso, sombrío, tranquilo.

Algunas aves nocturnas, cuyo extraño grito resonaba en el silencio de la noche, cruzaban su tersa superficie, y detrás del lago se comprendía, sin verlo, que había algo vago, infinito, que debía ser el mar.

Gaito, que esperaba en la azotea la vuelta de sus parroquianos, les alumbró por la escalera y los condujo á la calle.

—Puesto que hay luna,—dijo Meneses,—en vez de irnos por dentro de la ciudad volveremos á la fonda por fuera.

—Cómo quieras; y ya que tenemos tiempo, mientras llegamos á casa, vas á explicarme como siendo los musulmanes tan celosos de sus mujeres, gozan esas *almeas* de tanta libertad.

—No tengo inconveniente, pero es menester que te hagas cargo que la gente entre la cual hemos estado, no son muy fieles observadores del Corán, y por lo tanto, no pueden mostrarse muy exigentes con las faltas ajenas, cuando ellos mismos necesitan indulgencia.

Segun la religion mahometana, las mujeres pueden sólo descubrirse delante de sus padres, de sus hijos, de sus sobrinos y de los esclavos; esto lo recomendó Dios, por boca de Mahoma, á las esposas; pero poco más adelante se le ocurre sin duda

al profeta, que con capa de solteras podían pasar muchas casadas, y para evitar toda trampa exclama:

—¡Oh profeta! prescribe á tus hijas y á las mujeres de los creyentes, que dejen caer su velo hasta los piés, y así evitarán más fácilmente la calumnia.

Sin embargo, esto, más bien que un precepto, es una medida preventiva, un consejo que no todos los musulmanes siguen al pié de la letra, y así verás que muchas mujeres del pueblo, las campesinas y las que como las *almeas* están por su conducta á cubierto de toda sospecha, no tienen reparo en dejar ver su rostro total ó parcialmente, segun conviene á sus proyectos, pues muchas veces, en la calle, te enseñarán sólo sus ardientes ojos, seguras de causarte mayor impresion que si se descubrieran del todo.

Además, es forzoso confesar, que Mahoma tenía formada muy mala opinion de las mujeres, y por eso las colocó un grado por debajo de sus maridos en la gerarquía matrimonial; porque, segun dice el Corán, Dios, dotando al hombre de cualidades superiores, lo colocó por cima de ella, y por lo tanto, cuando sean rebeldes ó no conserven ausencia del marido lo que Dios les mandó conservar intacto, el esposo puede administrarles una paliza, si quiere llenar fielmente sus deberes religiosos.

Como tú ves, la mujer entre los árabes no ocupa una posición muy envidiable y el mismo profeta lo debió conocer al escribir su libro cuando prevee que los padres mirarán como una desgracia el nacimiento de una hija.

—En efecto, nada más triste que el porvenir de la mujer en este país, donde no la espera sino humillaciones y malos tratamientos.

—Tienes mucha razon; pero es preciso que te acuerdes que Mahoma iba á hacer una revolucion social, y tuvo necesariamente que captarse el amor de los hombres haciendo lucir á su vista un Paraíso en la otra vida lleno de encantadoras huríes siempre vírgenes, y en la tierra, para que no se desanimaran y fueran formando idea de lo que sería el Paraíso, les permitió casarse con cuatro mujeres y tener cuantas concubinas pudieran alimentar.

Este sistema se acerca un poco al comunista, y aun cuando no es tan exagerado, ha logrado sin embargo, hacer de la mujer de esa cariñosa compañera, de ese sér puro ideal que embellece nuestra vida, una máquina, un objeto, un sér sin nombre cuya ignorancia asusta.

Relegada siempre en el harem, hablo de la mujer que habita las ciudades, su única ocupacion consiste en trenzar y destrenzar sus cabellos, te-

ñir sus párpados con *cohól*, para que las pestañas parezcan más negras y aterciopeladas y los ojos más rasgados, pintarse con *alheña* las uñas, la palma de las manos, hacerse lunares artificiales y después de bien pintadas, lavarse para poder repetir la operación.

—Has dicho que se pintan con *cohól* y *alheña*. ¿Qué sustancias son esas?

—La *alheña* es una planta tintorera que se cria en todo el Africa, y que los botánicos conocen con el nombre de *alheuna arabum*, ó bien con el de *lansonia alba*, y produce ese color rojo sùcio con que has visto adornadas las palmas de las manos y las uñas de las *almeas*.

El *cohól*, que sirve para pintar los ojos, es un compuesto de perlas quemadas, de lagartos y otros animales cabalísticos reducidos á polvo.

—¿De suerte que á las *almeas* nadie las persigue?

—De todo hay; los árabes, esencialmente fatalistas, dejan siempre correr las cosas por su curso natural, convencidos de que lo que sucede está previsto de antemano y habia de suceder á pesar del mundo entero.

A uno de esos santos ó *marabuts*, como ellos llaman tal vez en un momento de mal humor, se le ocurrió anunciar á los creyentes que llegaría un día en que los cristianos entrarían en las casas de las moras, beberían el vino en la misma copa, se sentarían á la mesa y las enloquecerían de amor; por eso creen que ahora es llegado el tiempo de cumplirse la profecía y no se alarman mucho por por lo que ven, aún cuando lo miren con disgusto.

A veces se traduce este disgusto por actos de rigor que van perdiendo poco á su ferocidad á medida que la civilización va penetrando insensiblemente en las costumbres del país.

Antes arrojaban al lago á la mujer adúltera, encerrándola en un saco de cuero en compañía de un gato un gallo y una víbora, pero hoy se contentan con deportarlas á la isla de Kerkenah, especialmente cuando uno de los cómplices es cristiano.

Cuando una y otro son musulmanes los montan sobre un burro, atados espalda contra espalda y les atan á los muslos el consabido gato y el gallo y de esta suerte, con la cara tiznada de carbon, los pasean por la ciudad antes de deportarlos á la isla de.....

Meneses no pudo acabar la frase empezada.

Una nube de perros que estaban rebuscando en un monton de estiércol, los atacó con furor, obligándoles á desnudar los estoques encerrados en los bastones y defenderse con ellos de sus feroces enemigos.

Delante, detrás, por todas partes se veía el suelo cubierto de perros de aspecto salvaje, de pelo áspero y erizado, bastante semejantes á los lobos.

Desde aquel momento los dos amigos no tuvieron un instante de reposo ni pudieron pensar en otra cosa que en defenderse de sus voraces enemigos.

De vez en cuando se dejaban oír lastimeros aullidos y alguno de los asaltantes, alcanzado por la punta de los estoques, se alejaba del campo de batalla dejando á sus compañeros el encargo de vengar su sangre.

Sin pensar, habían caído en medio de una de esas manadas de perros salvajes que tanto abundan en las ciudades de Oriente, de cuya limpieza parecen estar encargados, y que tan peligrosos son para el infeliz que se vé acometido por ellos sin contar con medios de defensa.

Felizmente la fonda estaba cerca y en ella pudieron refugiarse, sin más percances que el pantalón de Gomez destrozado por los dientes de uno de los salteadores caninos.

JOSÉ ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

ATENEO DE MADRID.

Cátedra del señor Vilart.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA.

VIII

Comenzó el Sr. Vidart esta conferencia diciendo, que las fuentes bibliográficas extranjeras que podían servir para el conocimiento de la historia militar de España eran tan numerosas, que su discurso si convertiría en un diccionario de bibliografía, se se pretendiese enumerar todas ellas; dado que sus conocimientos alcanzarían á realizar tamaña empresa; y que por lo tanto se limitaría á señalar el plan que debiera seguir en sus lecturas el que trate de saber la opinion de los autores extranjeros, acerca de la vida histórica del pueblo español en sus manifestaciones belicosas.

Dijo, que habiendo guerreado España en toda la redondez del mundo, claro está que su historia militar ocupa no pocas páginas en las obras de

historia universal, así antiguas como modernas. Son, pues, los autores extranjeros que han escrito sobre historia universal dignos de ser consultados acerca de lo que refirieran sobre la historia militar de España. Se dirá, que lo mismo debe acontecer en lo relativo á cualquiera otra esfera de nuestra actividad nacional, pero esto no sería exacto, pues desconocida en gran parte la importancia de la obra que históricamente ha realizado España, así en las esferas de las ciencias como en las del arte, es frecuente que los mismos historiadores que no olvidan, ni pueden olvidar los nombres de nuestros grandes capitanes y valerosos soldados, desconocen por completo los merecimientos de nuestros sábios y de nuestros artistas. Solo este desconocimiento puede explicar que el enciclopedista Mr. Masson afirmase, que en la civilización del mundo ninguna parte había tomado España, y que tan errónea afirmación haya sido aceptada por muchos historiadores extranjeros, que pasan plaza de eruditos y hasta de profundos críticos.

Manifestó el Sr. Vidart, que apartándose un poco del asunto de que estaba tratando, deseaba hacer algunas consideraciones acerca de las causas que motivaban la injusticia histórica que acababa de indicar. Dijo, que desde la época del Renacimiento, España aparecía siempre poniendo la ciencia de sus hijos y el esfuerzo de sus soldados al servicio de todas las causas que estaban señaladas por el dedo de Dios para quedar vencidas por el poderoso impulso de la libertad y del progreso. Las glorias científicas de España se llaman el *Fuero-Juzgo* y las *Partidas*; las obras filosóficas del árabe Averroes, y de los judíos Maimonides y Avicbron, y del cristiano Raimundo Lulio; las glorias científicas de España, entrelazadas con las de Portugal, reflejan su esplendor en los inmensos mares que por vez primera surcaron los marinos peninsulares de los siglos xv y xvi; las glorias científicas de España se llaman el descubrimiento de un nuevo mundo y la actual civilización de América neo-latina; civilización que cualquiera que sea su importancia debe su origen á navegantes y conquistadores nacidos en la Península Ibérica.

Segun el Sr. Vidart, el fanatismo religioso que predominó en nuestra patria, cuando todo el resto de Europa buscaba el progreso por los anchos caminos de la libertad de conciencia, es la causa fundamental del atraso científico en que vivimos desde hace tres centurias; y Europa ha olvidado nuestras glorias pasadas, porque nosotros mismos también las hemos olvidado, desconociendo que las ideas que representaban el progreso en la Edad Media, son en la actualidad ideas anacrónicas, que

sólo pueden significar estacionamiento y reaccion. Parecía que el amor á lo antiguo y tradicional conservaría su recuerdo; pero no ha sucedido así, porque en historia, como en todo, son verdaderas aquellas palabras del Evangelio: la letra mata, el espíritu vivifica.

Reanudando sus consideraciones acerca del asunto de la conferencia que estaba explicando, dijo el Sr. Vidart, que las historias particulares de aquellos pueblos con los cuales había sostenido España largas y frecuentes guerras, eran, como no podía ménos de suceder, obras que debían ser consultadas por los historiadores de nuestra milicia; si bien en esta clase de obras era frecuente que dominase el apasionado criterio del enemigo, segun se veía confirmado en la famosa *Historia del Consulado y del Imperio*, de Mr. Thiers, donde la batalla de Trafalgar, la jornada del Dos de Mayo y el triunfo de Bailen, se hallaban relatados conforme á las exigencias del falso patriotismo que guiaba la pluma del celebrado escritor francés.

Indicó el orador que las naciones cuya historia militar se enlazaba más con la de España, eran Francia, Inglaterra, Italia, Holanda, Alemania y el pequeño Estado que actualmente se conoce con el nombre de Bélgica. Examinó las causas que había hecho proverbial en España el dicho de *Guerra con toda la tierra y paz con Inglaterra*, que, segun su juicio, consistían en que nuestra patria jamás pudo llegar á ser una potencia marítima, por razones y motivos que detalladamente se exponen en un curioso libro que se publicó en Madrid por los años de 1814, cuya portada dice así: *Juicio crítico sobre la marina militar de España, dispuesto en forma de cartas de un amigo á otro*.

Citó las conclusiones de este libro, leyendo algunas de ellas, en que, explicando el autor las causas de que España no pudiera ser una potencia marítima, decía que esto era así:

"Porque los fundamentos que constituyen el imperio del mar penden de la tierra y suponen la posesión de una agricultura, industria, comercio y población correspondiente.

"Porque antes que tener naves que guerren, es preciso tener naves que pesquen y naves que trafiquen; ó lo que es lo mismo, que primero debe haber una marina civil sobre que se funde y pueda sostenerse la militar.

"Porque una nación que no es por oficio navegadora no puede ser experta en las cosas del mar y en ella quien aventaja en pericia, aventaja otro tanto en fuerza y en poder.

"Porque en las batallas navales no basta el valor, la sangre fría y la buena voluntad de pelear, si falta por otra parte la disciplina y la consumada destreza que se requiere en las maniobras y

evoluciones, porque la guerra naval es muy diferente de la terrestre; de modo que en ésta pelean hombres contra hombres y en aquella batallan máquinas contra máquinas, y de consiguiente siempre la victoria, sin excepcion alguna, es segura de parte del que fuere más diestro en su manejo.

"Porque en cualquiera reino puede sin gran dificultad levantarse ejército proporcionado á su poblacion... mas para equipar escuadras capaces de obrar en la guerra naval, de nada sirve tener hombres si faltan marineros que merezcan tal título; y éstos no los puede formar jamás por muchos esfuerzos que haga ningun Gobierno ni ninguna nacion, que no sea en general muy industriosa, muy activa, muy comerciante y muy navegadora."

De las conclusiones que acaba de leer, dedujo el Sr. Vidari las causas que explican la falta de poder marítimo que siempre ha tenido España; causas permanentes y fundamentales que en vano han procurado destruir estadistas de tan grandes pensamientos como el marqués de la Ensenada, y ante las cuales han sido impotentes los esfuerzos de esos grandes varones, cuya ciencia ocupa tantas páginas en la historia de nuestra marina militar; de esos ilustres varones que se llaman D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, los Eseaños, Rios, Tofiños, Galianos, Churruacas y tantos otros que fuera prolijo enumerar.

MISCELÁNEA.

TEATROS.

Unicamente en dos coliseos de los principales de esta córte se han ofrecido al público obras nuevas desde la última reseña teatral que ha visto la luz en las columnas de nuestra REVISTA: en el Español y en el de Apolo.

La obra estrenada en el primero ha sido un drama, titulado *La manta del caballo*, con el cual se ha proporcionado al eminente actor Sr. Valero, nueva ocasion de lucir su talento y alcanzar grandes aplausos. A falta de otras condiciones que justifiquen los elogios tributados á esta obra por el

público que asistió á sus primeras representaciones, tiene indudablemente el mérito de ser muy apropiado para que en su desempeño demuestre un primer actor la extension de sus facultades artísticas.

Al retirarse de la escena *La manta del caballo*, ha sido reemplazada con la obra de repertorio *El Patriarca del Túrria*, en cuya interpretacion obtiene siempre un brillante triunfo el decano de nuestros artistas dramáticos.

La produccion estrenada en el teatro de Apolo, ha sido una zarzuela de espectáculo y de costumbres populares que lleva por título *Los barrios bajos*.

Aunque con tantas condiciones para agradar al público, como otras muchas de las que ha dado á conocer la misma empresa, fué acogida en la primera noche con marcadas muestras de disgusto. No carece, sin embargo, de gracia ni de escenas de buen efecto, por las decoraciones que para ella se han construido y por algunos trozos de música, y de esperar es que logre ser mejor recibida en las sucesivas representaciones.

BIBLIOGRAFÍA.

Biblioteca venatoria.

Se acaba de publicar el segundo tomo del *Libro de la montería*, del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.

Los dos volúmenes de esta obra han costado por suscripcion á 6 pesetas cada uno en Madrid y á 7 en provincias.

Fuera de suscripcion se aumenta el precio en venta de toda la obra á 50 reales en Madrid y 60 en provincias.

El tomo tercero de esta importante *Biblioteca* se halla en prensa y contendrá dos obras: el *Libro de la caza*, del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de las aves de caza*, de Pero Lopez de Ayala.

* * *

La ilustracion venatoria. Periódico de caza y pesca, de sport y recreos campestres, de aclimata

cion y cria de animales domésticos, y de cuanto tenga relacion con la agricultura y con los deleites de la vida del campo.

Se publica en edicion de lujo de 24 columnas en gran fóllo, con magníficos grabados, los dias 10, 20 y 30 de cada mes, desde principio del año 1878. Cada año formará un lujoso tomo con índice y portada que se repartirán á su tiempo para encuadernarlo.—Redaccion y administracion, Espoz y Mina, 3.

Dramas líricos de D. M. Capdepon. Tomo 3.º
Un volúmen en 8.º de 168 páginas.

Es tan notable como los dos anteriores; comprende cuatro obras, tituladas *Raquel*, *El comunero*, *Una venganza* y *Pero-Gil*.

Se vende en las principales librerías y en el almacén de D. José Campo, calle de Espoz y Mina, núm. 9, al precio de dos pesetas.

Una villa del Cantábrico.—Gijón. Notas de viaje, por D. Rafael M. de Labra. Un tomo en 16.º de 200 páginas.

Es un interesante libro que el público acogerá sin duda favorablemente, estimulando á su ilustrado autor á disponer la publicacion de los que tiene en proyecto relativos á Oviedo y á Covadonga; con los cuales podrá realizar el Sr. Labra su deseo de dar á conocer la noble tierra asturiana, uno de los países más dignos de ser apreciados de España, y en cuyo obsequio deben efectivamente los que á él se hallan unidos por acendrados afectos, intereses positivos y deberes de correspondencia y gratitud, hacer algo más que repetir enfáticamente el nombre de Pelayo.

Ideas. Verso y prosa, por D. Justo Sanjurjo y Lopez y D. Francisco de Arechavala. Un tomo en

8.º de 148 páginas. Madrid, 1878, Establecimiento tipográfico de J. C. Conde y Compañía.

Se halla de venta en las principales librerías al precio de dos pesetas.

De la viruela y su profilaxis, por el doctor Anet. Memoria leida en la Academia médico-farmacéutica de Barcelona, dando cuenta de los trabajos de la comision permanente de vacunacion de la misma. Un folleto en 4.º de 32 páginas. Barcelona, 1878. Se halla de venta al precio de cuatro reales en el establecimiento barcelonés para la vacunacion.

Estadística minera de España, correspondiente al año 1873. Un tomo en fóllo, publicado por la direccion general de Agricultura, Industria y Comercio. Madrid, imprenta del Colegio Nacional de Sordo-mudos y ciegos.

Los poemas caballerescos y los libros de caballerías, por D. Francisco de P. Canalejas, de la Academia Española. Un volúmen en 8.º francés, de 224 páginas. Madrid, casa editorial de Medina. Se halla de venta en la Administracion de dicha casa, Amnistía, 12, y en las principales librerías, al precio de 10 rs.

Viaje sub-marino.—Aventuras del doctor Trivittus. Un tomo en 8.º prolongado de 232 páginas.

Se acaba de publicar una nueva edicion de este interesante libro, que se halla de venta al precio de una peseta en la casa editorial de Medina y en las principales librerías de España.